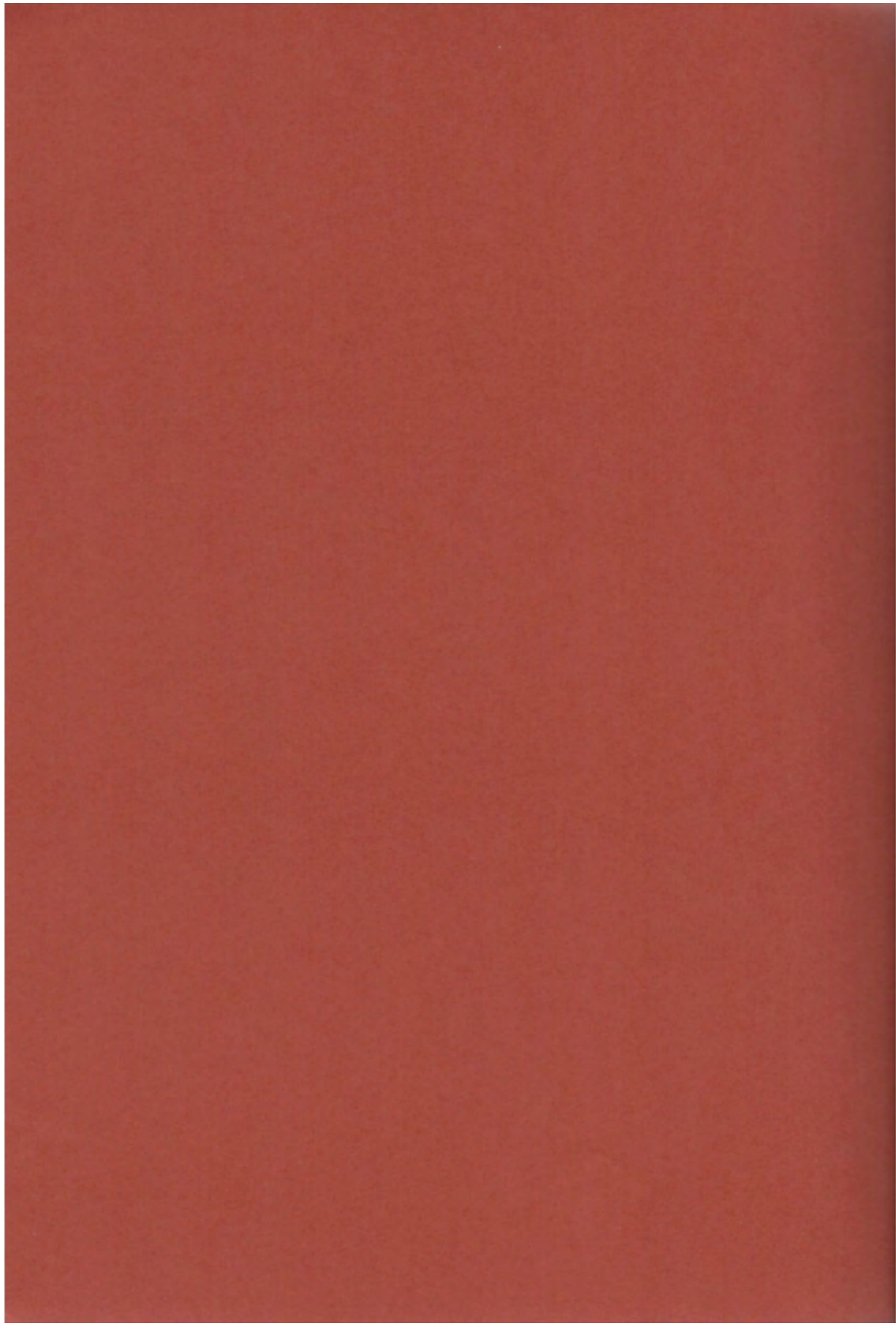


La Tertulia
del Convento

a

JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ



La Tertulia
del Convento
a
JOSÉ ROGELIO ALVAREZ



Academia Mexicana
de la Lengua



Seminario de
Cultura Mexicana

Primera edicion, 2011

DR © 2011, Academia Mexicana de la Lengua, A. C.
Liverpool 76, Col. Juarez, C.P. 06600
Del. Cuauhtémoc, México, D. F.

DR © 2011, Seminario de Cultura Mexicana
Presidente Masaryk 526, Col. Polanco, C.P. 11560
Del. Miguel Hidalgo, México, D. F.

Diseño: Rafael Herrera Reyes

Esta publicacion ha sido
posible gracias al apoyo del



Impreso y hecho en México / *Printed in México*

ÍNDICE

☺ HOMBRE DE PALABRA	9
☺ ¡VAMOS A SEGUIR JUGANDO! <i>Eugenio Aguirre</i>	11
☺ EL ENCICLOPEDISTA MEXICANO JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ Y LA TERTULIA DEL CONVENTO <i>Gonzalo Celorio</i>	15
☺ JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ, JALISCIENSE Y MEXICANO <i>Sergio García Ramírez</i>	27
☺ ORDENAR EL CAOS, REGISTRARLO TODO <i>Felipe Garrido</i>	39
☺ PÉRDIDA IRREPARABLE <i>Ángeles González Gamio</i>	47
☺ RECUERDO DE JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ <i>Hugo Gutiérrez Vega</i>	55
☺ UNA NOCHE <i>Hernán Lara Zavala</i>	59
☺ JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ, DEFENSOR Y PROMOTOR DEL PATRIMONIO CULTURAL <i>Eduardo Matos Moctezuma</i>	67

EL HOMBRE DE LA CORBATA DE MOÑO	71
<i>Silvia Molina</i>	
DON JOSE ROGELIO ÁLVAREZ ENCARNACION	75
<i>José María Muría</i>	
PASION POR LA TINTA	79
<i>Carmen Parra</i>	
LA CONSTANTE LECCIÓN	81
<i>Vicente Quirarte</i>	
UNA NOCHE DE TERTULIA DEL CONVENTO	89
<i>Mónica del Villar</i>	
EL AMIGO	95
<i>Sergio Zaldívar Guerra</i>	

HOMBRE DE PALABRA

Para bien del México que tanto amó, las acciones vitales de José Rogelio Álvarez perviven en instituciones y utopías concebidas, consumadas o resguardadas por él; su pensamiento, en la página impresa, en libros que como otros hijos suyos trajo al mundo. Entre los múltiples dones que de él nos faltan y anhelamos se encuentra su conversación, su impecable manejo de la lengua, la forma en que la hacía llegar hasta nosotros templada en el fuego de su noble inteligencia. Porque fue hombre de palabra, el mejor homenaje es recordarlo con palabras, criaturas vivas y sensibles. Nobles y broncas, aceptan ser tomadas sólo por quien tiene valor y sabiduría para forjarlas. José Rogelio Álvarez perteneció a semejante estirpe. Fue distinguido miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua y del Seminario de Cultura Mexicana. Varios de quienes participan en este volumen forman parte de ambas corporaciones. Generosamente, ellas han hecho posible que esta publicación aparezca al amparo de sus sellos editoriales. Los testimonios aquí reunidos son tan variados como fueron los caminos recorridos por nuestro compañero de viaje. Unos nacieron en ocasiones particulares. La mayor parte fueron escritos para aliviar el dolor de su partida. A todos los une la gratitud al corazón de un hombre que si por injustas pero naturales razones ha dejado de latir, palpita en cada una de las acciones que cotidianamente llevamos a cabo. Siempre que valgan la pena, estamos seguros de que llevan su ejemplo y su templanza.

México, diciembre de 2011

¡VAMOS A SEGUIR JUGANDO!

Eugenio Aguirre

Tu partida ha sido un golpe duro de afrontar debido a los estrechos vínculos que siempre nos unieron; sin embargo, la fortuna me permite invocarte bajo ciertas circunstancias, alimentadas por el amor filial que te profeso, y mantener un diálogo más o menos permanente en ese espacio indefinido que delimita la frontera entre la vida y la muerte.

Ahí, en ese rincón dilecto de mi memoria, presiento al espíritu cordial y magnánimo, sabio y talentoso que te distingue, y prefiguro tus manos finas, elegantes, posadas sobre la carátula de un libro que a ambos interesa, mientras hablamos acerca de la definición del contenido y las características editoriales de la *Enciclopedia de México*, uno de tus tantos e insignes proyectos culturales, quizás el de mayor trascendencia, en el que trabajamos conjuntamente con la idea de hacer una reimpresión, con un tiraje masivo, que permita a la Subsecretaría de Cultura, de la Secretaría de Educación Pública, ponerla a disposición de miles de mexicanos en un precio asequible a los recursos económicos de que disponen. Estamos en el segundo lustro de la década de los años ochenta del siglo XX y tú eres un hombre maduro, vital e inteligente, ya con un prestigio deslumbrante, que tiene la generosidad de compartir conmigo infinidad de conocimientos, amenos e interesantes, en la terraza soleada de la vieja casona conocida con el nombre de *Casa de Alvarado*, en la calle de Francisco Sosa, en el hermosísimo corazón de Coyoacán, donde acostumbramos desayunar una vez a la semana.

Bajamos al jardín y tu voz fluye —y yo escucho embebido— para hacerme, con un entusiasmo goloso y botánico, una descripción pormenorizada de las flores y árboles frutales que nos circundan, en especial sobre el extravagante *Árbol de las Manitas*, frente al cual te detienes para mostrarme la forma y tersura de sus hojas, y explicarme que, en el país, no deben existir más de dos o tres ejemplares y que es una suerte contar con uno de ellos en la casa sede de la *Enciclopedia de México*.

—¡Una suerte, sí! —coincido contigo. Pero para mí la ventura se enriquece con cada paso que damos en el interior de los archivos de tus oficinas, donde conservas las fichas técnicas correspondientes a cada entrada de la enciclopedia, mismas que has reunido a lo largo de los años gracias a la ardua y delicada labor de convencimiento sobre una pléyade de eruditos, a fin de comprometerlos para que las escribieran y entregaran en las fechas predeterminadas y poder publicarlas en tiempo.

—Durante muchos años mi mente tuvo una organización alfabética —comentas—. Me acostumbré a manejar un discurso sujeto a la concatenación de las letras, donde los conceptos se unían y quedaban sujetos a la dictadura del abecedario... Bueno, llegué al extremo de imponer a mis hijos, durante las comidas que compartíamos en familia, la exigencia de ingerir alimentos cuyo nombre comenzara con una letra específica del abecedario. El día que yo estaba de vena por la letra *B*, a manera de ejemplo, comíamos sopa de betabel, berenjenas empanizadas y buñuelos como postre. ¡Por supuesto, yo hablaba en la mesa acerca de fray Toribio de Benavente, mejor conocido como *Motolinú*, o Bartolomé de Benavente Benavides o de los benedictinos, hasta que mis hijos comenzaban a alucinarme y, debo presumir, aunque nunca lo expresaron verbalmente en mi presencia, me mandaban al carajo.

Celebro tu broma, José Rogelio. Muchas veces he disfrutado de tu sentido del humor, normalmente culto y refinado; humor que contenta, hace reír y nunca se manifiesta con vulgarismos hirientes, por más que tu refranero pueda estar pringado con ciertos matices

cáusticos que usas para remarcar la comicidad de la anécdota. Muy lejos de tus intereses está la ofensa al prójimo, porque eres, muy por encima de las mezquindades humanas, un caballero.

Mas volvamos al claustro donde, amén de los textos esenciales, conservas los mapas y las fotografías que ilustran la primera edición de tu obra magna. Una espléndida colección cartográfica que sólo enseñas a unos cuantos privilegiados y que va a ser definitiva para que el subsecretario de Cultura, nuestro querido amigo Martín Reyes Baysade, dedique sus postreros años a conformar una colección portentosa especializada en los contornos y perfiles de la República Mexicana.

Las fotografías han sido recopiladas, cuando no tomadas con su cámara Nikon de la última generación, por tu hijo José Rogelio, acervo que refleja, nada más contemplarlo, una inteligencia experta, curiosa y aguda que, en su momento, será aplicada en sus proyectos arquitectónicos; quehacer que, en nuestras primeras reuniones, será materia deleitable para discutir y comentar los progresos urbanísticos en muchas ciudades del mundo.

¡Cuánto disfruto de tu compañía, aun ahora que abrego de la energía que sustraigo del más allá para tenerte conmigo! ¿Un padre putativo que no disputa ni desmerece frente al recuerdo de mi amado progenitor? ¡Sí, por qué no! Nuestra comprensión tiene la misma factura, al grado de que en muchas ocasiones basta con un simple guiño para que el entendimiento quede establecido. ¿Te acuerdas del guiñol francés que me mostraste una tarde lluviosa de septiembre y cómo jugamos, igual que si fuésemos niños, con las figuritas de cartón recortado que representaban a los reyes, condes, marqueses y a los mosqueteros en escenas dramáticas que inventamos sobre la marcha? No dejamos que nadie nos interrumpiera, hasta que una guillotina de papel de estaño cayó sobre la testa real y proclamamos la Revolución Francesa. ¡Claro que te acuerdas! ¡Tu sonrisa me lo confirma! ¿Quieres que juguemos de nuevo? ¡Claro que sí, querido hermano! ¡En el momento que tú quieras!

EL ENCICLOPEDISTA MEXICANO JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ Y LA TERTULIA DEL CONVENTO*

Gonzalo Celorio

José Rogelio Álvarez falleció en la Ciudad de México la noche del miércoles 2 de marzo de 2011 a la edad de 88 años. Murió afectado por una neumonía recalcitrante que lo llevó por segunda vez al hospital en el que había sido internado a finales de 2010. Si bien convaleciente, tuvo los arrestos admirables de convocar, entre una y otra hospitalizaciones, a la sesión del mes de febrero de la Tertulia del Convento, así llamada por tener lugar en su casona de la avenida del Convento número 25 en San Diego Churubusco, frontera al antiguo monasterio que fue baluarte de los batallones comandados por el general Pedro María Anaya durante la invasión estadounidense de 1847.

Saco de *tweed*, corbata de moño, bigotes altivos, José Rogelio nos recibió con su elegancia habitual el viernes 4 de febrero a las 2:30 de la tarde. Su lucidez no padeció ningún tropiezo a lo largo de la tertulia y su prodigiosa memoria fluyó, como de costumbre, a través de una sintaxis impecable y de un vocabulario generoso y preciso, algunas de cuyas palabras, con su muerte, acaso nunca vuelvan a pronunciarse como voces vivas. Pero aun así, su rostro estaba cubierto por cierta pátina cerosa; sus ojos, siempre vivaces e inteligentísimos, acusaban una opacidad inédita y su figura toda había sufrido una disminución que rebasaba con mucho la esbeltez que le era propia. Cuando lo abracé

* Publicado en *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 86, México, UNAM, abril de 2011, pp. 14-19.

para despedirme en el zaguán de su casa a las siete en punto de la tarde —porque la tertulia, cosa insólita en nuestro país, tenía hora de salida— y mis dedos palparon en su espalda la fragilidad de sus huesos, tuve la horrorosa certidumbre de que nunca más lo volvería a ver. Así se lo comenté a Hernán Lara a la salida de la casona del Convento. Ambos supimos que acabábamos de despedirnos de él para siempre.

La Tertulia del Convento se fundó en el año 1998 por iniciativa de Ángeles González Gamio y Eduardo Matos Moctezuma, quienes habían frecuentado a José Rogelio Álvarez para disfrutar de su sabiduría, particularmente en lo que respecta a nuestra metrópoli, que ambos estudian y aman, ella como cronista enamorada de su centro histórico y a la sazón secretaria ejecutiva del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, y él como arqueólogo prominente que tan notables descubrimientos ha realizado en la que fue asiento de la antigua México Tenochtitlan. Aunque nacido en el estado de Jalisco, al que le dedicó numerosos estudios, José Rogelio era un conocedor de la ciudad capital del país, que adoptó como propia desde que cursó la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, sita entonces en la dieciochesca Casa de los Mascarones de la Ribera de San Cosme; si bien volvió a Guadalajara entre 1953 y 1959 para fungir como secretario particular de Agustín Yáñez cuando éste fue gobernador de la entidad, y ocupar los cargos sucesivos de vocal ejecutivo de la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco y director de Promoción Económica del Estado.

Hay en Ángeles González Gamio, nieta y biógrafa del ilustre arqueólogo mexicano Manuel Gamio, y en Eduardo Matos Moctezuma, quien afirma entre veras y burlas que su segundo apellido lo emparenta por línea materna con el malhadado emperador azteca de los tiempos de la Conquista, un gusto por conversar con los viejos sabios que, poseedores de un rico patrimonio cultural, han sido en nuestro país memoria viva del tiempo transcurrido y protagonista de la historia del siglo XX. Entre ellos, Andrés Henestrosa, Griselda Álvarez,

Miguel León-Portilla, de quienes ambos han sido escuchas, confidentes y amigos íntimos. De ellos y, por supuesto, de José Rogelio Álvarez, hombre sabio y empeñoso, discreto y elocuente. Estos adjetivos que califican su persona responden a las cualidades que José Rogelio hubo de tener para arrostrar la descomunal empresa de la *Enciclopedia de México*, obra magna de su autoría. Y digo de su autoría no porque él la hubiese escrito individualmente —tarea a todas luces imposible: en su redacción participaron, ciertamente, más de 400 colaboradores a lo largo y a lo ancho del país—, sino porque él es, sin duda, el artífice de la obra: él la dirigió; él escribió personalmente, para cada uno de sus volúmenes, un promedio de 250 cuartillas de los temas más diversos y reescribió buena parte del material que le llegó de sus corresponsales, él se responsabilizó de la versión final y él compró y revitalizó la empresa que hizo posible su edición, su distribución y su venta. No es frecuente conocer a alguien que ostente entre sus obras una enciclopedia. Y que, sin necesidad de demostrarlo, manifieste en su plática, sin alardes de erudición, con la naturalidad de quien habla de cosas domésticas, el conocimiento profundo de un país, de su historia y sus mitos, sus héroes y sus leyendas, su economía, su geografía, su gastronomía, sus costumbres, sus artesanías. José Rogelio Álvarez no sólo era dueño de una asombrosa información documental, sino también de una sensibilidad finísima y amorosa, de una capacidad crítica a un tiempo afilada y serena en la que no escaseaba el sentido del humor, y de una experiencia de vida y una memoria despejada que le permitían contar buena parte de la historia de nuestro país como testigo presencial de los acontecimientos.

Yo había conocido a José Rogelio Álvarez en el seno de la Academia Mexicana de la Lengua desde que los integrantes de esa corporación me eligieron uno de sus miembros en el año 1995. Lo veía llegar a las sesiones vespertinas, presididas entonces por José Luis Martínez, que se celebraban los segundos y cuartos jueves de cada mes en la vieja casa de Donceles 66, en el centro de la ciudad. Su presencia imponía.

A mí, por lo menos, me imponía. Era la imagen por antonomasia del académico de la lengua que yo me había prefigurado desde que era niño. Una imagen venerable, rigurosa, circunspecta, en cierto modo parecida a los retratos que conocía de Joaquín García Icazbalceta o, más puntualmente, de Artemio de Valle-Arizpe. Delgado, impecablemente vestido, corbata de moño, cabellos blancos divididos por la mitad del cráneo y bigotes enhiestos, recortados con precisión filológica. Así se personaba José Rogelio en la casa de Donceles los jueves pares de cada mes, a las cinco y media en punto de la tarde. Después de un tiempo supe que era él quien respondía pública aunque anónimamente, en el periódico *Excélsior*, las consultas que llegaban a la Academia: que de dónde provenía la palabra *chilango*, que si se podía decir *gentes* para referirse a personas en lo individual, que si era correcta la expresión *habe-mos*... Pero cuando realmente empecé a conocerlo fue en su propia casa de Churubusco, a partir del momento privilegiado en que Ángeles González Gamio me invitó a participar, un primer miércoles de un mes de 1998, de siete de la tarde a once de la noche, de esa tertulia inaugural.

La casa de José Rogelio Álvarez se ubica en la avenida del Convento número 25, antes 55, en San Diego Churubusco, Coyoacán, y es, por sus dimensiones, por las artesanías que la decoran, por el manifiesto y orgulloso origen tapatío de su dueño, como una embajada de Jalisco en la capital de la República. Podría también llamarse Casa de las Ajaracas, como aquella de la calle de Guatemala en nuestro centro histórico que se derrumbó sobre sí misma y en la que fue encontrada la formidable y sobrecogedora piedra que representa a la deidad azteca Tlaltecuhli (según nos informó Eduardo Matos apenas hubo sido descubierta), porque ostenta en su fachada, como aquella y como tantas otras de la ciudad, unos arabescos de ese jaez. No hay timbre, sino campana. El ladrido desafiante de los perros, mucho más pequeños que sus emisiones sonoras, antecede la apertura de un ventanuco inscrito en el portón de madera. Por ahí se asoma Margarita, secretaria de José Rogelio, quien, más allá de sus funciones administrativas, hace las

veces de anfitriona al ocuparse mes a mes de la cena de los tertulianos, siempre espléndida y celebratoria. Una vez traspasado el portón, es preciso bordear un ala del jardín, en el que abundan cafetos, agaves y árboles frutales, para llegar a un patio provinciano, con una fuente central circundada de objetos artesanales de Tonalá y de Tlaquepaque que bien podrían figurar en la colección de título *Jalisco en el arte* que José Rogelio fundó y dirigió entre 1959 y 1962. Al patio desemboca la biblioteca, un repositorio de doble altura, especializado en historia de México, particularmente del estado de Jalisco, en el que predominan, como es de esperarse, obras enciclopédicas y documentales. Conviven amigablemente en el espacio una talla estofada tamaño natural del rey don Fernando, esculturas de bronce de escala más pequeña que representan a algunos pensadores mexicanos del siglo XIX —Prieto, Ramírez, Altamirano—, varias piezas prehispánicas del Occidente, una Dolorosa que no encontró mejor lugar para enjugar sus lágrimas que el dintel de la gigantesca boca de la chimenea y un Juárez enérgico y sereno que señala el camino. En ese recinto tomamos el aperitivo. La mitad de los asistentes opta por el vino y la otra por el whisky. Por espacio de dos horas la conversación fluye pausada, amena, interesante, sin que nadie le arrebatase la palabra a quien en ese momento la tiene en uso. A las nueve en punto de la noche, urgidos por Eduardo, que cuida el cumplimiento del horario con vocación de guardagujas, pasamos a la estancia de la casa, al comedor, suerte de galería de paisajes urbanos y rurales de Jalisco, iluminado por un antiguo candil de velas que escurre su luz íntima sobre un refinado servicio de mesa en el que el mantel, la vajilla y la cubertería son de origen jalisciense. Y ni qué decir de las copas, que parecen extraídas del libro *Vidrio soplado de Guadalajara*, del que también es autor José Rogelio. La cena varía de sesión en sesión y por lo general se corresponde con las festividades religiosas y civiles de nuestro calendario: la rosca de Reyes en enero, los tamales y el atole en La Candelaria, el pescado en la cuaresma, los chiles en nogada en septiembre y el pan de muertos en noviembre.

Los contertulios de la primera hornada fueron José Rogelio Álvarez, nuestro anfitrión, y Ángeles González Gamio y Eduardo Matos, los fundadores. Además de ellos tres, otros siete. Griselda Álvarez, la primera mujer elegida gobernadora en el país, redentora de suripantitas, como ella llamaba a las prostitutas a quienes trató de convertir en policías tanto en Colima como en la Ciudad de México, y defensora de los derechos de la mujer hasta en el vocabulario de *juezas*, *jefas*, *presidentas* y, por supuesto, *gobernadoras*; poeta y política que tuvo la doble osadía de escribir en su juventud poemas eróticos dedicados a las diversas partes de la anatomía masculina y, ya madura, de cifrar en 136 sonetos nada menos que otros tantos artículos de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Cayetano Cantú, traductor al español de la poesía de Constantino Cavafis, autor de una rara antología de poetas griegos del siglo XIX y exquisito cocinero de tabules, hojas de parra y kepes crudos y cocidos que nos sirve, con dedos anillados, en su casa *art déco* de la colonia Hipódromo Condesa. Eugenio Aguirre, narrador prolijo y diverso que retomó en los años de la tertulia —acaso gracias a ella— la vocación por la novela histórica que había iniciado con la publicación temprana de *Gonzalo Guerrero*, para escribir un libro sobre Guadalupe Victoria que vio la luz en 2005 y otro sobre Miguel Hidalgo, que se publicó oportunamente en el año de la celebración del bicentenario de nuestra revolución de Independencia. El poeta Vicente Quirarte, tan afecto a los vampiros como a las ballenas, académico, bibliófilo, historiador de la literatura dedicada a la Ciudad de México, en especial la del siglo XIX, y *flâneur* infatigable, como Ángeles, de nuestro centro histórico. Manuel Ramos Medina, historiador especializado en la Orden del Carmen, director del Centro de Estudios Históricos Conдумex y custodio, por lo tanto, del valiosísimo acervo bibliográfico, alguna vez asesorado por Edmundo O’Gorman, que atesora esa institución domiciliada en el antiguo barrio de Chimalistac, tan caro a Federico Gamboa y a Santa, su fatídico personaje. Hernán Lara Zavala, escritor de cuentos, ensayos, novelas; yucateco y británico a un

tiempo, conocedor y usufructuario lo mismo de *El Quijote* que de la literatura de lengua inglesa, maestro universitario, editor perspicaz y autor de la novela histórica *Península, Península* que relata la guerra de castas en Yucatán y que se ha hecho acreedora a múltiples premios y reconocimientos. Y yo. Diez en total, que al poco tiempo se convirtieron en 11, cuando se incorporó Felipe Garrido, conocedor y editor de la obra de Rulfo y de Arreola, impulsor, acaso como nadie en nuestro país, de la lectura gozosa y adaptador de textos clásicos al lenguaje infantil y juvenil.

Desde las primeras reuniones de la tertulia se adoptó la costumbre de levantar un acta de cada sesión. Esta práctica debía ejercerse en forma rotatoria por todos los contertulios. Muy pronto, los registros consignados en el libro tamaño oficio debidamente foliado que se adquirió para cumplir este propósito, perdieron el carácter notarial que se les había adjudicado en un principio y se transformaron en una crónica, que acabó por serlo, de la Ciudad de México y de su cultura durante los dos últimos años del siglo XX. José Rogelio Álvarez escribió de su puño y letra dos de las 16 “actas” que se asientan en el libro. Para recuperar a través de su escritura, de su caligrafía, de su discurso, de su firma (tan parecida a sus bigotes), la imagen de quien fuera nuestro anfitrión, he releído ahora ese libro manuscrito y me he percatado de que los temas abordados en la tertulia constituyen, en efecto, una suerte de prontuario de la vida finisecular mexicana.

En la tertulia se habló, para poner sólo unos cuantos ejemplos, del terrible conflicto —quizás el más grave de su historia— que sufrió la Universidad Nacional Autónoma de México en el año 99; de los posibles candidatos a la Presidencia de la República en la contienda electoral del año 2000 que acabó, después de más de 70 años en el poder, con la primacía política del PRI; de la controvertida canonización de los mártires cristeros —tema particularmente grato a José Rogelio, quien llegó a publicar el primer tomo, y sólo ese, de la *Enciclopedia de la Iglesia católica en México*— y la del padre Pro, cuyo segundo apellido,

Juárez, le daba a la sintaxis de su nombre un significado laico contrario a su condición religiosa, *pro Juárez*. Se recordó, por cierto, aquella respuesta fantástica, cínica, irrefutable que el general Roberto Cruz —el militar que ordenó al pelotón de fusilamiento abrir fuego contra el sacerdote— le dio a Julio Scherer García en una larga entrevista que el entonces reportero de *Excélsior* le hizo en 1961. Cuando el periodista le preguntó, según queda registrado en su libro *El indio que mató al padre Pro*, su opinión con respecto a la posible canonización del cura a quien él había fusilado, el general le contestó: “Que lo hagan santo, si quieren. ¿Qué esperan? A mí me da igual y me tiene sin cuidado. Bien saben que si Pro es elevado a los altares, como dicen los católicos, no será santo de mi devoción.”

Pero las sesiones no se restringían al debate sobre las coyunturas políticas o culturales, sino que se desplegaban amables, simpáticas, sapientes, por una infinidad de temas y de prácticas que hacían recordar las tertulias de otro fin de siglo —el XIX— en las que se propiciaba el intercambio de ideas, de opiniones, de lecturas. En la nuestra, se ofrecían las primicias de los libros escritos por los contertulios y se cruzaban noticias bibliográficas. Había quienes relataban los viajes a países lejanos, como China o Egipto, que habían realizado recientemente. Griselda discutía un tema histórico como la pertinencia o no de utilizar el término *Colonia* para referirse a los virreinos americanos. Se hablaba mucho de la Ciudad de México, particularmente de su centro histórico, su historia, su arquitectura, su literatura, su arqueología, sus cantinas, su gastronomía importada de los estados, su cine, sus pintores, sus grabadores, sus fotógrafos, sus personajes, como si reinventáramos y pusiéramos al día la *Grandeza mexicana* de Balbuena, que ya había puesto al día y reinventado Salvador Novo en su *Nueva grandeza mexicana* y que Ángeles actualizó al agrupar algunas de sus crónicas en un volumen titulado *Grandeza mexicana a fin de milenio*. Se contaban anécdotas históricas: Griselda relató en una ocasión que, aún siendo niña y en plena guerra cristera, su padre la llevó a ver un ahorcado que e

balanceaba pendiente de la rama de un árbol, para que tuviera esa fortaleza de carácter que le hizo conocer y manejar armas de fuego a una edad muy temprana. Como en sesión de espiritismo, convocábamos a nuestras respectivas figuras tutelares: José Rogelio hablaba con frecuencia de Agustín Yáñez y de Martín Luis Guzmán, con quien trabajó en la revista *Tiempo*, de la que llegó a ser jefe de redacción; Ángeles, de Manuel Gamio, su abuelo materno; Eduardo, de Pedro Henríquez Ureña, dominicano como su padre; Vicente, de Rubén Bonifaz Nuño, su mentor; Hernán, de Juan José Arreola, que fue nuestro maestro en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; yo, de Edmundo O’Gorman, con quien trabé amistad en los últimos años de su vida.

En esos primeros tiempos de la tertulia, llevamos a cabo algunas visitas memorables, entre otras, al fondo reservado de la Biblioteca Nacional, guiados por Vicente Quirarte, a la sazón su director; a la Casa de las Ajaracas para ver, de la mano de Eduardo Matos, los nuevos hallazgos arqueológicos ahí localizados, como los insólitos vestigios de papel y de tela que se encontraron en una caja de piedra depositada al pie de las alfardas de las escalinatas de la sexta superposición del Templo Mayor; al fascinante barrio de La Merced, que tan bien conoce Ángeles, con su diminuta iglesia de Manzanares, adonde van a rezar las putas; al ex convento del Carmen en San Ángel, del que es especialista Manuel Ramos Medina; a las pirámides de Teotihuacan para recorrer, por debajo de la dedicada al Sol, el gigantesco túnel que la atraviesa. Y las excursiones se remataban, según lo aconsejan las crónicas sobre la Ciudad de México que domingo a domingo publica Ángeles en *La Jornada*, en algún restaurante recomendado por ella, como los que registra Salvador Novo en el capítulo de su *Nueva grandeza mexicana* referido a las “Ocasiones de contento”: *El Encino* de Insurgentes Sur, que es hermano o hijo del *Bellinghausen* de la Zona Rosa; *El Cardenal* de la calle de Palma en el centro, *Al Andalucía* de la calle de Mesones en La Merced, la *Fonda San Ángel* de la plaza de San Jacinto.

He podido reseñar, así sea de manera selectiva y sucinta, las actividades de la Tertulia del Convento durante sus primeros dos años de vida, que fueron los últimos del siglo y del milenio, porque las sesiones de entonces son las únicas que fueron registradas en el libro de actas. Por desgracia, la práctica de escribir la crónica de cada una de las reuniones no duró más tiempo. Como la escritura se encomendaba cada vez a un contertulio diferente, el libro pasó, mes a mes, de mano en mano y en algunas ocasiones se extravió para aparecer cuando ya había transcurrido demasiado tiempo de la sesión que se tenía que reseñar y la memoria, por elástica que fuera, ya no daba para recuperar lo vivido.

Pero al margen de la escritura, la tertulia continuó. Y se ha venido verificando mensualmente a lo largo de lo que va del siglo XXI, si bien de un tiempo a esta parte cambió su horario nocturno por el vespertino. A ella se incorporaron dos nuevos contertulios de origen tapatío, que han enriquecido las sesiones con su humor, su inteligencia y su sabiduría: el poeta Hugo Gutiérrez Vega, humanista, diplomático, periodista, admirable fabulador de historias y dueño de una memoria verbal invencible que se pasea gustosa por poéticos y prosaicos dichos populares, y el insigne jurista Sergio García Ramírez, que tiene en su haber, además de todos los reconocimientos nacionales e internacionales como penalista y estudioso del derecho, una primigenia vocación literaria que muy tempranamente se tradujo en libros de ficción narrativa como *Teseo alucinado y otros minotauros* y que año con año, para las navidades, se muestra en páginas misceláneas en las que conviven, bien avenidas, la evocación y el análisis, la imaginación y la crítica, la honestidad y la ironía.

De la misma manera que unos llegaron, otros, tristemente, se fueron, como Cayetano Cantú, que murió el año 2003. Griselda Álvarez falleció apenas el año antepasado, y casi hasta el final de sus días pugnó por asistir a la tertulia, así fuera en silla de ruedas. Nadie podrá suplantarla, pero para compensar tan rigurosa pérdida, tres mujeres se incorporaron a la tertulia: Mónica del Villar, directora de la revista

Arqueología y gran conocedora del arte prehispánico; Silvia Molina, escritora, y Carmen Parra, pintora alada de águilas, ángeles y catedrales. Recientemente se sumó al grupo de los contertulios Sergio Zaldívar, el arquitecto que sostuvo en vilo la Catedral metropolitana durante varios años para emparejar su hundimiento y evitar su colapso.

Milagrosamente, si tomamos en cuenta las tremendas dificultades de tiempo y de espacio que nos inflige nuestra inhabitable e inevitable Ciudad de México, la Tertulia del Convento, presidida por José Rogelio Álvarez y animada por Ángeles González Gamio, funcionó durante más de 12 años. Nuestro legado es continuarla en memoria de quien generosamente nos acogió en su casa y en su corazón y a quien siempre recordaremos como amigo y reconoceremos como maestro: José Rogelio Álvarez.

JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ, JALISCIENSE Y MEXICANO*

Sergio García Ramírez

En este Jalisco, su tierra, y en este Colegio, su casa —entre otras que alojaron su ingenio e hidalguía— podemos decir: ¡qué pena que se nos muriera —sí, se “nos” muriera— José Rogelio Álvarez! Hay quienes han ganado a pulso un boleto para cruzar el río. Pero no José Rogelio, ni otros de su estirpe, tan necesarios y benéficos bajo muchos títulos: paisanos, amigos, maestros, colegas, contertulios, cronistas, y sobre todo patriotas. Pero resulta que se nos mueren de pronto, cuando menos acordamos, y entonces pasamos de ricos, que fuimos con ellos, a pobres, que somos por su partida.

Ya no abundan. Miremos en torno y hagamos cuentas. Pronto sobrarán los dedos de las manos. Buenos de toda bondad, cabales mexicanos, probados en su oriundez y en su querencia, transitan en un desfile que comienza airoso y acaba difuso y melancólico. Parecen legión, por la pérdida que entraña su ausencia, el vacío que dejan y la nostalgia que nos causan.

Casi juntos, como amigos que saben por dónde andar y lo hacen de consuno, se fueron José Rogelio Álvarez y José Iturriaga, actores y testigos, cronistas de un México que, por irse ellos, comienza a desvanecerse. Apenas quedan algunos de las mismas condiciones. Habría que atesorarlos, poner velas para que duren. Las encendimos para que

* Publicado en *Homenaje postumo a José Rogelio Álvarez*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2011, pp. 43 y ss.

José Rogelio durase entre nosotros. Pero las velas no fueron suficientes. Se apagaron de pronto.

El hombre bueno, culto, decente —esta palabra en su acepción más digna— al que hoy recordamos y celebramos —es decir, hacemos evocación y festejo, que no son lo mismo ni siempre van juntos— tuvo la más fina estampa jalisciense y mexicana. Parecía depositario de una tradición altiva. Poseyó donaire y orgullo. Mostraba seguro el paso, esbelta la figura. Usaba el bigote enfilado hacia arriba, a la vieja usanza. En su mirada inquieta afloraba, poco a poco, la sonrisa. A veces, irónica, cuando el tema o el interlocutor lo merecían.

Así lo conocimos y lo cultivamos. Así lo recordaremos hasta que nos de la bienvenida en la biblioteca de la otra casa grande que ya estará poblando, como la suya de este mundo, con libros abundantes, cuadros de motivos sagrados y profanos, historias y leyendas, buena mesa, cálida amistad y amable desvelo.

Que esté en paz donde se halle, porque la merece, pero que no descanse. ¿Por qué siempre deseamos la paz y el descanso, de un golpe, sin distinguir y liberar el espacio de cada uno? Yo me sumo al primer voto, pero no estoy seguro del segundo. Perdonen el atrevimiento —y perdónelo, ante todo, José Rogelio, que a lo mejor tiene otra idea, y está en su derecho de tenerla—, pero prefiero que siga animado, creativo y diligente ahora que puede hacerlo con mayor ligereza y luz mejor encendida.

Que siga explorando, escribiendo, indagando el pretérito, que de pronto se le convirtió, con el presente y el futuro, en un solo tiempo. Que retenga el ingenio y la ocurrencia, el santo y la seña, la manera y la costumbre de los compatriotas que ponen su ofrenda en torno a la mesa de México, en la que José Rogelio ofició durante su vida pasada y quizás oficia en la que comienza.

Perdurarán, pues, México y Jalisco en una dimensión más recóndita y perpetua, pero siempre en la casa del maestro Álvarez, que acaso ya prepara otra copiosa enciclopedia. Si se dice, con buenos

argumentos, que Jalisco es la tierra de Dios y María santísima, con mayor razón pudiera serlo el paraíso si es fiel a su nombre y designio.

Me estoy deteniendo donde lo hago, un país y una provincia, porque girar en torno a este eje de la existencia, el saber y el entusiasmo, girar todos los años y todos los días, girar con alegría, constituyó el plan de navegación del hombre que invocamos. Fue más que su vocación, su profesión, su competencia: fue su orden del día, su hondo compromiso.

Como estudiante, funcionario público, empresario culto, animador de círculos letrados, promotor de la conciencia y el regocijo, en fin, como lo que fuese donde estuviera, José Rogelio Álvarez labró todo el tiempo la tierra moral de sus mayores. Ahí depositó semillas, cultivó afanes y cosechó frutos.

Me agrada proponer ejemplos de este género a quienes carecen de ellos —que son muchedumbre— o los miran a distancia, o los niegan y pasan de lado. Estamos enfermos de olvidos y negaciones, como de imposturas y desvíos. Por eso hay que traer a la escena, a toda costa, el ejemplo de quienes nunca padecieron esas dolencias. En esto, José Rogelio gozó de salud envidiable: ondeó sus banderas y se inclinó ante la cruz de su parroquia. Genio y figura.

En una intervención que tuvo el 28 de septiembre de 2005 en este Colegio —al que “he visto nacer, crecer y fructificar”, señaló con afecto— proclamó su “adhesión material, espiritual e intelectual a Jalisco, manifiesta en múltiples acciones”, y exaltó con fidelidad de hombre bien nacido “tres normas aprendidas de mis padres y [que] he transmitido a mis hijos: amor a la familia, devoción a Jalisco y pasión por México”.

En ese amable reencuentro con su raíz, su curso y su destino, José Rogelio estableció “los valores que han gobernado mi conducta [...] la libertad de pensamiento y de acción, el insaciable apetito de saber, la perseverancia en el esfuerzo, la honestidad y el respeto y servicio a los demás”. Para decir todo eso tenía la autoridad moral que

proviene de la vida vivida, que ya se ve, no de la vida prometida, que está por verse.

En el ejercicio de la pluma, “que ha sido mi principal oficio, he preferido —sostuvo con humildad— la modesta tarea de divulgar a la pretenciosa ilusión de crear”. No puedo contradecirlo. Sólo extenderé la frase: su preferencia lo llevó a ser, es cierto, un divulgador formidable, pero no lo privó de ser, además, un creador admirable.

Cuando asistió al acto inaugural de la cátedra que lleva su nombre en El Colegio de Jalisco, el 26 de septiembre de 2007, hizo el elogio del arquitecto Guillermo García Oropeza —designado para ejercerla— en términos que son perfectamente aplicables al propio José Rogelio. Nunca se ausentaron, ahogadas por las lecturas, los viajes y los sueños, “los escenarios de su infancia ni los énfasis que pone en ellos la tradición [...], ni las perspectivas, afectos, colores, azoros, gustos, sabores, emociones y olores a los que se adhiere el ánimo cuando [se encuentra o] se reencuentra la verdadera identidad”.

En hombres como Álvarez, la identidad local o nacional no expulsa ni suprime la identidad universal; más bien, la acendra, la afianza, le pone suelo y firmamento. Es una estación en la profunda espiral de la identidad completa.

¿Quién diría que José Rogelio Álvarez, el tapatío, el estudiante universitario de historia patria —como solíamos llamarle—, el funcionario de la educación pública —al lado de su maestro Agustín Yáñez—, el desarrollador de la costa y los pueblos tierra adentro, el tratadista de temas que llevamos en el cuerpo y en el alma, el descriptor de su solar y de sus coterráneos, no fue también un hombre universal? Su erudición copiosa sobre los temas y problemas de la nación y de la provincia, erudición que asombra —sin fisura por donde cunda el olvido—, no le impidió ser contemporáneo y conciudadano de todos los hombres.

Se nos ha vuelto costumbre jactarnos de ser liberales. Buena cantera la del liberalismo, entre las que alumbró nuestra historia cuando dispersó las sombras, que siempre están en trance de retorno y en ase-

dio de gobierno. Sin embargo, sucede que también transitan bajo ese manto quienes son, en la intimidad de su conciencia —y a la luz de su conducta— profundamente reaccionarios. Son, digamos, “reaccionarios con bombín de liberales”.

A José Rogelio Álvarez no podríamos colgar sambenitos de esta naturaleza. Desde la “mocedad” —señaló aquí mismo— “me declaré liberal por linaje y por aspirar a más amplias libertades, y revolucionario porque comprendía la trascendencia de las reivindicaciones emprendidas por el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas”. Dio prenda de su condición liberal cuando presidió una instancia del partido político cercano a su convicción para rescatar el testimonio de la Reforma, excluida de las celebraciones oficiales de 2010. Y dio testimonio de pensamiento revolucionario —sobre el que volveré más adelante— cuando hizo, en una obra compendiosa, el elogio de la Revolución Mexicana.

Estoy consciente de que no puedo comentar ahora, ni intentarlo siquiera, la obra de José Rogelio Álvarez. Desbordaría el tiempo del que dispongo y excedería la capacidad que tengo. Si aquél es poco, ésta es exigua. Otros sabrán dar cuenta de esa obra. Pero no quiero omitir la referencia a tres aportaciones magníficas, entre muchas que le debemos; tres, que justifican el lugar que ocupa en el magisterio y en las letras a las que sirvió con largueza.

Desde luego, la principal, la indispensable —con precedentes que José Rogelio pondera— es su *Enciclopedia de México*. Para llevarla adelante, que debió ser complicadísimo —imagino alegrías y decepciones, compañías y soledades, elogios y reproches— tuvo que partir de una definición que diera rumbo y destino. Había que hacer —escribió— “una síntesis congruente que ofrezca lo sustancial de México: su ser, su esencia, su naturaleza, aquello de lo que consta y gracias a lo cual su identidad se afirma y acrecienta”.

En pos de la idea de Gutierre Tibón —que reconoce— José Rogelio reinstaló la empresa. Se embarcó en una navegación difícil, a

la que no era posible garantizar arribo cierto, aunque sí —eso siempre— arduo trabajo y accidentes numerosos.

Al ocuparse de los precedentes, Álvarez trajo a cuentas el *Diccionario universal de historia y geografía*, dirigido por Manuel Orozco y Berra. En la hora de su publicación, que no fue apacible para los mexicanos —apenas hemos conocido tiempos que lo sean— Orozco y Berra reflejó las circunstancias y expuso los motivos:

Cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar, una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.

A ese fervoroso proyecto de tomar conciencia y exponer razón, que José Rogelio califica como “síndrome de los mejores hombres” de aquella época, se sumaría el maestro Álvarez un siglo después, encabezando a muchos de los “mejores hombres” de la suya. No se trata de tiempos idénticos entre sí; no es posible arrastrar tantas desgracias, intactas, durante 100 años; pero tampoco lo ha sido resolverlas íntegramente. Es verdad que no se nos desconoce y calumnia en “todas partes del mundo”, como sucedía en 1853, pero tampoco se nos conoce a la perfección dondequiera. El desconocimiento comienza entre nosotros mismos, siempre dispuestos a la ignorancia y la negación.

De ahí —y no sólo de ahí— la extrema pertinencia de la *Enciclopedia*, que debe perdurar, crecer, tenerse al día, ejercer su docencia, acreditar su buena condición como instrumento de mexicanidad, sostenerse en el punto al que había llegado en 1985, que describió José Rogelio en el “Prólogo a la segunda edición”: “era ya el título más

consultado por los niños y jóvenes en las bibliotecas públicas y en las escolares [...] el personal docente la demandaba cada vez más como fuente para precisar datos y conceptos, y orientar aspectos complementarios de la enseñanza”. Obviamente, cuando estas maravillas ganaban el aprecio de lectores y leídos no había los otros medios de información que ahora pululan. Sin embargo, cada uno tiene su lugar y su eficacia. La *Enciclopedia*, los suyos.

Es amable la relación de gratitudes que formula el director de la *Enciclopedia*, con el ánimo romano de dar a cada quien lo suyo. No omite mencionar en esa lista a “los choferes, carteros y mensajeros, por haber llevado y traído a lo largo y ancho del país los miles de papeles que hoy, ya procesados, puestos en orden alfabético e impresos, tiene el lector ante sus ojos”. Así quedó completa la nómina de autores de la obra y factores de su difusión: desde los expertos hasta los distribuidores de la buena nueva, sin los cuales aquéllos quedarían en la sombra.

Vamos a otra obra colmada de enseñanzas. Me refiero a *Costumbres y tradiciones mexicanas*, de presentación impecable, como la selección de textos que contiene y el aliento que provee. Tres volúmenes bien ilustrados, impresos en España en 2008, destinados a lectores que por ellos sabrán, con deleite, muchas cosas sobre México y los mexicanos. En la presentación que se hizo en una velada del 30 de septiembre de aquél año, Ángeles González Gamio elogió la “memoria asombrosa y la capacidad de relatar de una manera deliciosa” que caracterizaron a José Rogelio. En este caso, la compilación del maestro jalisciense da cuenta del ciclo de la vida, no de un hombre, sino de una nación y una república, las nuestras, sorprendentes.

Ahí aparecen nacimiento, matrimonio y muerte, religiosidad popular en la que alternan “lo providencial y lo festivo”, protección del cuerpo contra los rigores del mal gusto y la intemperie, fastos religiosos y patrióticos, esparcimiento y ocio, y también “ciertas inclinaciones de la sociedad a representarse a sí misma por medio de sus personajes más característicos, catalogados de tiempo en tiempo y a través de los

siglos”, esto es, la galería completa: los actores, los protagonistas, los pregoneros, los portadores de estandartes de clase o de gremio, de género —para emplear la expresión socorrida—, de conductas, vicios y virtudes, que menudean. Cada uno sube a la escena a través de las descripciones fidedignas que suministran José Rogelio y los huéspedes que ha convocado, mediante selección cuidadosa, a las páginas de *Costumbres y tradiciones*.

Entre todas las narraciones que aporta José Rogelio, las hay que destacan con luz potente; quizás sus predilectas, en las que cifró más ingenio y empeño, no obstante poner ambos en todas. Por ejemplo, las que corresponden a María, madre de Dios, en sus variadas advocaciones, y entre ellas las que celebran los jaliscienses en San Juan de los Lagos, Zapopan y Talpa de Allende, y todos los mexicanos —más muchísimos que no lo son, aunque casi lleguen a serlo por este motivo— en el Tepeyac. Cuando se refiere a este milagro patriótico, entre laico y religioso, cita a De la Maza: “Allí están todas las razas de la antigua Colonia, todas las clases de la nueva República, todas las castas que viven en nuestra democracia, todos los trajes de nuestra civilización, todas las opiniones de nuestra política”.

En otro capítulo, que describe las celebraciones decembrinas en que todos incurrimos, casi siempre de grado y a veces por fuerza, vuelve al mismo tema, que lo seduce. En esa región del año festejan los ricos y los pobres, la autoridad civil, la iglesia, los vecinos, los chicos y los grandes, los hombres y las mujeres, los creyentes y los escépticos. Pero “lo que el pueblo conmemora en diciembre —precisa José Rogelio— son las apariciones de la virgen de Guadalupe y el nacimiento de Jesús. Éste es un acontecimiento de magnitud universal y aquél un suceso milagroso peculiar de México. La vinculación entre uno y otro —observa— es tan intensa como entrañable la filiación entre madre e hijo. Cristiano en general, el pueblo de México es católico en su mayoría y sin duda totalmente guadalupano”. Es así como los mexicanos —nacionalistas de origen— reafirman su fe y confirman su patriotismo.

No hay página superflua en los textos de José Rogelio. En *Costumbres y tradiciones*, el erudito mexicanista disfruta los textos que regala: sobre el día de muertos y las calaveras, las peleas de gallos, el rebozo —“emblema distintivo de la mujer mexicana”— y el grito de independencia —o los gritos, mejor dicho, año tras año, plaza tras plaza—, aunque “la presencia del jefe de Estado en la ceremonia [...] y los vítores de éste a la patria y a los héroes —aclara el historiador—, fue iniciativa del presidente Benito Juárez, la noche del 15 de septiembre de 1864, en la Noria de Pedriceña, Durango”.

Dije que no recorrería el itinerario bibliográfico de José Rogelio Álvarez. Sólo agregaré una estación, la última donde puso cimiento, estructura, pendón y sala de espera. Ahí se observa, en cada ventanilla, en cada anuncio oportuno y sugerente, de dónde vienen los caminos que llegan a ese punto y hacia dónde parten los que en éste inician, como si se quisiera invitar a los viajeros que reposan a reemprender la marcha y concluir el viaje que en un momento abandonaron. Aludo a una obra sustanciosa, toda raíz y tronco, fronda concisa, fruto redondo y estricto. Se llama *Los valores de la Revolución Mexicana*.

Este libro apareció bajo el signo del Seminario de Cultura Mexicana. Cuando puse el manuscrito en manos del seminario, sugerí —con otros colegas— que se editara pronto. Tiene mucho de crónica, meditación y arenga, pero está exento de la pesada retórica que abunda en los elogios desmedidos. Lo vieron con buenos ojos el presidente Arturo Azuela, paisano de José Rogelio, y el comité editorial del seminario.

El autor atendió los ires y venires del diseño y la impresión, pero no tuvo tiempo —hubieran sido pocos días, pocas horas— de recibir el libro y hacer lo que acostumbran los autores cuando revisan el producto del alumbramiento: tocar como si las manos leyeran, hojear, caer de golpe —con rara puntería— sobre los errores de imprenta, en fin, recorrer el camino andado, paladeando los aciertos.

Me encanta este libro oportuno de José Rogelio Álvarez. Se propuso llamar a las cosas por su nombre y hacer honor a quien honor

merece, sin asomo de obsecuencia. Al término de un año de celebraciones, que fueron sinceras para algunos celebrantes y muy penosas y forzadas para otros —cuyo ánimo da para muchas cosas, pero no para festejar la Revolución que aborrecen—, nuestro amigo revisó los deberes y los haberes del gran movimiento popular, volvió sobre sus designios y resumió en pocas palabras: “Los principales valores que entrañan estos designios son el patriotismo, la soberanía, la justicia y la redención popular, manantiales, a su vez, de acciones, leyes e instituciones”. “A pesar de los desvíos, rectificaciones y una que otra traición —explica en los párrafos introductorios—, la Revolución Mexicana transformó al país gracias a la fuerza vital de sus valores”.

Con buenos datos y juiciosas reflexiones, José Rogelio (reivindicador del tiempo que horroriza a una generación de recién nacidos, a quienes todavía no llegan el rumor de la historia ni el bautismo del alfabeto) nos pone al día en el ancho campo de los deberes públicos y sociales que concurrieron a erigir el México moderno y contribuyen, ahora mismo, a moderar su caída. Se refiere a la reforma agraria, al trabajo, a la educación, a los caminos, a los distritos de riego, a las letras y las artes —cuyas andanzas pormenoriza, como era de esperarse—, a la igualdad de género, a las relaciones con el exterior, a la seguridad social, a la electricidad, al arte popular. Conviene leerlo. Sucederá lo que ocurre con muchos alimentos: a unos agradan; a otros indigestan. Enhorabuena por todos.

Concluyo, para alivio de ustedes —que me han escuchado a pie firme— y del propio José Rogelio —que también me oye, pero sé que se impacienta.

Desde hace más de 10 años, que circularon con la diligencia que caracteriza a esta etapa de nuestra vida, José Rogelio Álvarez y un grupo de amigos nos hemos reunido en tertulia, con horas fijas de inicio y de término, para recontar los hechos del pasado, anticipar el tiempo que viene y componer el mundo, que no se deja. La tertulia es asamblea de recuerdos, augurios y experiencias.

Estas reuniones, propuestas *in illo tempore* por nuestro arqueólogo de cabecera, Eduardo Matos Moctezuma, se han celebrado siempre —salvo excepciones contadas, por inevitables motivos— en la casa hospitalaria de Álvarez, en la calle del Convento, Churubusco, ahí donde José Rogelio se localiza a sí mismo cuando concluye un texto, lo firma y proclama, ufanamente, dónde lo hizo.

De esta suerte, nuestro anfitrión generoso —asistido por Margarita, esforzada y competente— convirtió su casa en cuartel de amistad donde el grupo que somos veló mensualmente sus armas. La reunión discurría en torno al anfitrión, que a la excelencia de la cena y el buen vino con que se alegra la velada, agregó siempre el don de su charla, el tesoro de su memoria, la excelencia de su carácter; en suma, su bonhomía.

La tertulia ha sufrido bajas. Entre ellas, la de otra jaliscoense de origen y colimense de ejercicio, Griselda Álvarez, en quien —así lo escribió nuestro contertulio del mismo apellido— “se materializaron los valores de la moral civil, del espíritu creativo, de la sensibilidad popular y el buen gobierno”. Creo que mis compañeros en esas cenas tomarán a bien que los mencione para sumarlos a este homenaje. Seguramente lo comparten Eugenio Aguirre, Gonzalo Celorio, Felipe Garrido, Ángeles González Gamio, Hugo Gutiérrez Vega, Hernán Lara Zavala, Silvia Molina, Vicente Quirarte, Carmen Parra, Sergio Zaldívar y Mónica del Villar, además del mencionado Eduardo Matos y del implícito Sergio García Ramírez.

Qué bien ha hecho El Colegio de Jalisco en auspiciar el homenaje a un hombre de gran valía, que aquí fue, como dondequiera, maestro emérito, no sólo por efecto de un título —que lo tuvo— sino en consecuencia de una vida larga, plena, dedicado a serlo sin avaricia de sí mismo ni fatiga que lo disuadiera. Logró ser profeta en su propia tierra.

A los que inician la marcha, José Rogelio Álvarez puede servir como ejemplo si se atreven a mirar la vida de frente y honrar los valores que este compatriota honró con la suya. A los que hemos avanzado en el camino, donde lo encontramos y conocimos, o escuchamos de su

paso y magisterio, servirá como motivo de buen recuerdo y testimonio, que ya dije, de bondad, cultura y decencia, y no menos de amor a la patria y a los valores que son esencia y razón del patriotismo.

Son muchas, pues, las tareas que debe cumplir José Rogelio, librando batallas como buen jinete que las emprende y las gana cuando los menos enterados lo daban por muerto. De ahí que se halle en paz, pero no descanse.

ORDENAR EL CAOS, REGISTRARLO TODO*

Felipe Garrido

Señoras y señores:

Me siento profundamente regocijado, conmovido, honrado de estar aquí esta tarde, en compañía de ustedes, todos y cada uno de nosotros apasionados de la lectura, con el propósito de reconocer, en el corazón de la gran fiesta de los libros, que esta forma del amor y del cuidado, por su intensidad, buen tino y constancia, constituye en nuestro admirado y querido amigo José Rogelio Álvarez, una virtud ejemplar.

*

Legendarias son la afición, la competencia y la buena fortuna con que José Rogelio se ha dedicado a clasificar y ordenar el mundo. Su pasión enciclopédica, sin embargo, no ha ahogado su vena de artista, de escritor interesado en seguir los pasos que tejen hombres y mujeres. Entre muchos citables, doy un ejemplo. Álvarez narra aquí cómo, 40 años después de haber dejado la primaria Florencio María del Castillo, reencontró a su antiguo compañero, Cuauhtémoc Calder, enfundado en una bata blanca, convertido en oftalmólogo y optometrista de gran éxito, dueño de una cadena de ópticas y de unos talleres donde empleaba a 150 operarios. Tenía miles de clientes y atendía, sin cobrarles, a cientos

* Leído en la entrega del Premio al Bibliófilo del año. Feria Internacional del Libro de Guadalajara, diciembre de 2006.

de puesteros de La Lagunilla, Tepito y La Merced. Coleccionaba anteojos, sillones, proyectores y carteles y reconstruyó, por el puro gusto, un gabinete de optometría del siglo anterior. Compró máquinas de coser y de escribir, vestidos, trajes y sombreros de caballero y de dama, uniformes e insignias militares, radios, consolas, fotografías estereoscópicas del México de principios de siglo, retratos y pinturas religiosas del Virreinato, fotografías de la Revolución, algunas piezas arqueológicas, impresos raros —un rollo didáctico, de nueve metros de largo, con la historia de la humanidad, de Adán a Porfirio Díaz—, entre otras chárcharas. Al ritmo de sus adquisiciones fue ampliando la casa; al lado de la cocina instaló la réplica de una fonda. En los muros del patio clavó águilas nacionales y colgó cruces e imágenes de madera, algunas rotas, apolilladas, mutiladas o decapitadas, bellas en su dramatismo ruinoso. Este museo extravagante llegó a tener 12 salas, una de ellas sobreco-gedora, en la que puso, de piso a techo, sin dejar espacios libres, su colección de máscaras: seres fantásticos, animales feroces, brujos, diablos y monstruos.

Cuando su esposa no pudo ya soportar esa manía y se marchó a otra casa, Cuauhtémoc encontró, a orillas del lago de Chapala, a una muchacha que regresaba de la ordeña: hermosa, bien formada, cuello alto, rostro armonioso y porte aristocrático. La imaginó a su lado vestida de vaquera, de amazona, de dama de sociedad y aun de princesa. Se llamaba Carolina y su éxito fue inmenso: en los barrios populares porque su lenguaje la identificaba con la gente; en las reuniones sociales porque su gracia la hacía brillar. Para que no extrañara su entorno rural Cuauhtémoc adquirió una familia de itzcuintles, pericos, cenizontes, clarines y jilgueros, dos zorrillos despojados de sus glándulas malolientes y un chacal africano, llamado Victoriano, regalo del embajador de Ghana, que imponía respeto con su sola presencia, pues nadie sabía que le habían quitado los dientes.

Los sábados, en cuanto cerraba al público su negocio, Cuauhtémoc iba a repasar la colección de atuendos femeninos para escoger el

que esa noche debía vestir Carolina, según fuera la fantasía que deseaba vivir durante la cena. Le cambiaba el color de los ojos con lentillas de plástico. Disfrazados, él y ella, en estricta intimidad, jugaban a descubrir su identidad verdadera. Él se reconocía en el papel de pirata y ella en el de doncella secuestrada y a la postre seducida.

*

Mas no es mi intención revelar estas joyas, que ya José Rogelio, espero, habrá de publicar. Me interesa ahora asomarme apenas a la génesis de su amor por la lectura y por los libros, por el registro y el ordenamiento de todo lo que ha sucedido, pues su vida ha estado marcada por esta devoción.

*

El séptimo de siete hijos —cuatro mujeres, tres hombres—, José Rogelio Álvarez nació en Guadalajara en 1922. El año de la marcha de Mussolini sobre Roma, de la independencia de Egipto, de la muerte de Ricardo Flores Magón. El año en que Banting descubrió la insulina, Landsteiner estableció los grupos sanguíneos y Bohr recibió el Premio Nóbel de física por sus estudios sobre la estructura del átomo —Einstein lo había recibido el año anterior, por su explicación del efecto fotoeléctrico—. El año en que Lévy-Bruhl publicó *La mentalidad primitiva*, Wells su *Esquema de la historia* y Weber *Economía y sociedad*. El año en que Martin du Gard dio a luz *Los Thibault*, Sinclair Lewis *Babbit* y Joyce el *Ulises*, mientras en México Rivera cubría con sus frescos los muros de la Secretaría de Educación Pública y Orozco y Siqueiros engalanaban los de la Escuela Nacional Preparatoria.

Para José Rogelio, los primeros cuatro años de vida fueron en Guadalajara y luego, en Colima, otros cuatro. Las memorias iniciales son el trajín del negocio paterno: las montañas de mercancía, el bullicio de los carreteros, un furgón de naranjas, los sacos de maíz y de otros granos, la convivencia con los animales. Consentidísimo, el niño goza-

ba ese aparente caos y participaba de la vida de una familia en la que se declamaba y se hacía teatro, se tocaban la mandolina, el piano y el violín y se exploraban los misterios de la teosofía. Una familia encabezada por un masón y en la cual, en ese momento, cuando estallaba el conflicto, como hombre de confianza, se había infiltrado un cristero, José Meza, quien, por encima de las diferencias en la fe, supo ser leal a la casa donde vivía y trabajaba.

La guerra era otra forma del caos marcada por la violencia: los aviones del general Anaya, los ajusticiados que se mecían en los árboles o eran llevados al paredón; los dos primeros días de octubre de 1928, la Batalla de los Ángeles en las faldas del volcán nevado. La familia, en busca de seguridad, emigró a la Ciudad de México, donde había vivido antes. Para entonces, José Rogelio ya había estado, en Colima, en una escuela tipo a la que había llegado cuando ya sabía leer y escribir. Lo había aprendido en casa, que es donde los niños deberían, antes de salir al mundo, iniciarse en estos medios, indispensables para la vida.

Ya en aquellos primeros años, marcado por la afición a la duda, el niño estaba interesado no tanto en conceder la razón a unos o a otros, sino en entender qué sucedía. De ese tiempo, Álvarez recuerda una lectura: una rama le cae en la cabeza a un pollito que, despavorido, cree que se derrumba el cielo, que está al filo del fin de los tiempos. Un descubrimiento la acompaña: el caos del mundo se ordena en los libros —en esta voz incluyo todas las formas de registrar las palabras: los libros, la prensa, las cintas grabadas, la internet, los medios digitales.

*

En 1930, en México, la familia se alojó en la casa número 76 de la calle República de Guatemala, originalmente Santa Teresa la Antigua. La casa aún existe. En ella, dice José Rogelio Álvarez:

Llamaba poderosamente mi atención el entrepiso de la parte trasera, destinado a guardar objetos residuales o de uso no constante: cajas

con vajillas, baúles con ropa fuera de moda, frazadas y piezas de lencería atadas en líos, muebles defectuosos, aparatos y utensilios varios, algún cuadro y una considerable cantidad de bultos que dejaban entre ellos rincones o espacios propicios para jugar a las escondidas. Una garrafa especial para hacer paletas heladas y los cazos de cobre para elaborar jaleas, ates, dulces de leche y mermeladas, sí se sacaban con frecuencia a pedido de la chiquillería propia y ajena. Los confites de mayor demanda eran los huesitos de nuez, fresa o vainilla, cuya pasta, hecha bolitas, se prensaba en un molde de barro que reproducía la semilla del durazno. Deliciosos de por sí, era mayor el placer infantil de limpiar con el dedo la vasija en que se había preparado la mezcla, para luego llevárselo a la boca y chupar con fruición aquella golosina.

Lecturas de aquellos días, a los ocho o nueve años, son “De los Apeninos a los Andes”, *Corazón* y muchas de las novelas de Julio Verne. Asimismo, los *Cuentos* de Calleja que José Rogelio conserva en su preciosa biblioteca, a pesar de la fragilidad de los impresos, de pequeño formato, en cuadernillos de ocho páginas, sin forros. Un segundo hallazgo: en los libros cabe el mundo.

Frente a la casa en que vivía se hallaba la escuela pública donde prosiguió su instrucción primaria.

Tenía el nombre —recuerda Álvarez— de Florencio María del Castillo, un periodista opositor al Imperio a quien los intervencionistas confinaron en las tinajas de San Juan de Ulúa. ¡Cuánto me impresionó escuchar la descripción de aquella cárcel! El agua del mar penetraba a los calabozos de la fortaleza, de modo que los presos encadenados vivían en humedad perpetua, entre materias corruptas, víctimas del **hambre** y de la fiebre, en un ambiente de miasmas, condenados a morir sin remedio. La profesora de tercer año solía combinar estas terribles historias con el relato de las hazañas de los héroes, y así sembraba en los niños el odio a los conservadores y el amor patrio a los liberales.

En el curso de las clases, estos sentimientos contrarios se propagaban al presente y a otras épocas, de manera que muy pronto llegamos a concebir la historia como las disputas entre los buenos y los malos. Recuerdo todavía con cierta congoja la desazón que estas primeras lecciones de nacionalismo a ultranza le provocaron a mi compañero Cuauhtémoc Calder, hijo de una india chontal de Ichcateopan y de un comerciante y minero inglés avecindado en Chilpancingo. Cuauhtémoc vivía en una casa casi contigua a la mía, cuidado por unos parientes suyos que atendían una óptica.

En José Rogelio prevaleció aquel primer impulso a conocer y a entender, antes de tomar partido. Hubo una nueva revelación: los libros ordenan y conservan la memoria de los hombres. Con las lecturas, llegó el momento de empezar a escribir. En casa, los hermanos hacían un periódico titulado *Acacia*, donde apareció “El cuento azul de los genios”. Poco después, cuando tenía 13 años, publicó también en periódicos de Colima.

La llegada a la Escuela Nacional Preparatoria volvió a enfrentarlo con un mundo en conflicto. En 1940 competían por la Presidencia de la República los generales Almazán y Ávila Camacho. Los bandos en pugna se acusaban de comunistas y de fascistas, y los enfrentamientos llegaron pronto a los recintos escolares. Antonio Díaz Soto y Gama daba la clase de historia de México. El recibimiento del maestro fue desconcertante:

Una vez sentados y en silencio —dice Álvarez—, Soto y Gama los miró cuidadosamente [a los alumnos] y de repente empuñó su paraguas con ademán imperioso y con severa y alta voz les dijo: “¡Pónganse de pie los hijos de Lombardo Toledano! Sé que aquí hay comunistas emboscados. Los exhorto a tener el valor civil de discutir conmigo sus ideas.” E inició su discurso, que ni en esa ni en ninguna otra ocasión durante el año tuvo la menor relación con su asignatura. Pronto

los estudiantes estuvieron divididos; después de cada clase, los que habían discutido con mayor vehemencia salían al corredor enardecidos y dirimían a golpes sus diferencias ideológicas. Los muchachos más serenos asistían a aquellas zacapelas como a una función de teatro, pues veían representadas en la escuela las escenas callejeras de la misma índole.

Como siempre, lo que preocupaba a José Rogelio Álvarez era comprender los acontecimientos, pues solamente así era posible decidir si debía respaldar alguna de esas posiciones. También en la preparatoria, con la lectura de las *Sonatas* de Valle-Inclán, de la mano y la voz de Agustín Yáñez, se concretó algo que hasta entonces había solamente intuido: hacía falta cuidar el peso, la forma, el sonido, la puntualidad, la armonía de las palabras. Dicho de otro modo, la veneración por el lenguaje.

Muy poco tiempo después, en 1943, Álvarez se inició en el periodismo, al lado de Martín Luis Guzmán: descubrió la necesidad de registrarlo todo, de conservarlo todo, de ordenarlo todo, de manera que las decisiones se tomen a partir de un conocimiento amplio y exacto de la realidad. Los libros conservan la memoria y ordenan el caos. Pero el registro de cuanto sucede y cuanto se tiene, el orden y la belleza del lenguaje no son un fin en ellos mismos: son necesarios para dar libre vuelo a la imaginación; para conocer los problemas y medirlos; para saber qué recursos se tienen, cuáles hacen falta, cuáles son los remedios a nuestras necesidades. El lenguaje es el medio primordial para indagar la realidad, que incluye las utopías y los más extremados ejercicios de la fantasía. Su primor exige la armonía y también exige la precisión. Los libros, y esta es la lección esencial de José Rogelio Álvarez, son necesarios para vivir mejor.

PÉRDIDA IRREPARABLE

Ángeles González Gamio

A los 88 años de edad, en total lucidez y pleno de proyectos, falleció en la Ciudad de México José Rogelio Álvarez Encarnación, un hombre con una historia que recuerda la de los hombres del siglo XIX que un día estaban en el frente de batalla, al otro eran ministros de Estado y al mismo tiempo escribían obras invaluable, con una notable capacidad para realizar simultáneamente y de manera exitosa tareas muy disímiles. José Rogelio era de esa estirpe.

Tuve el privilegio de conocerlo hace cerca de dos décadas, cuando me invitaron a dirigir el Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, hoy desaparecido, del cual José Rogelio era miembro, junto con otros 23 ilustres mexicanos como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Ramón Xirau, Teodoro González de León, Andrés Henestrosa y Miguel León Portilla. Hace 13 años, Eduardo Matos, amigo entrañable, propuso que organizáramos una tertulia para disfrutar de la experiencia, sabiduría y conocimientos de personajes como José Rogelio. La idea me encantó, se lo cometé con cierta timidez, y aceptó gustoso. A partir de entonces nos reunimos puntualmente una vez al mes un grupo de amigos, cobijados por su generosa anfitrónía, rodeados de los libros de su prodigiosa biblioteca, cuya gran chimenea nos reconfortaba con su fuego en los días fríos, acompañados siempre de un buen vino. A las nueve en punto pasábamos a degustar una deliciosa cena que nos preparaba la querida Margarita, ángel de la guarda de la tertulia.

Ese afortunado encuentro mensual nos permitió consolidar una estrecha amistad y conocer muy cercanamente a un hombre extraordinario, que ha realizado acciones de enorme valor para nuestro país, al que amaba, en el mejor sentido de la palabra y lo demostró con hechos. Muchas páginas llevaría hacer un resumen de todo lo que ha aportado, así es que sólo voy a destacar algunos hechos, con la confianza de que pronto tengamos una biografía que nos permita conocerlos todos.

Voy a intentar hacer una apretada síntesis de lo que fue su vida, para dar una idea de lo mucho que aportó a México: hombre de gran precocidad, desde su época de estudiante en la secundaria y la preparatoria, participó en actividades culturales y políticas e hizo sus pininos en publicaciones estudiantiles. A los 20 años, mientras estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, trabajaba en la revista *Tiempo*, en donde pasó con rapidez de reportero a jefe de redacción. Durante esos años escribió y compiló cuatro libros de la colección “El liberalismo mexicano en pensamiento y acción”.

En 1953 don Agustín Yáñez, recién electo gobernador de Jalisco, tierra natal de José Rogelio, se lo llevó a colaborar con su gobierno en el que, entre otras responsabilidades, se desempeñó como vocal ejecutivo de Planeación de la Costa, que inició el desarrollo de esa zona. Hay valiosos documentos que muestran la dimensión del trabajo realizado, así como del que llevó a cabo al frente de la Comisión de Desarrollo y Fomento de los Altos de Jalisco. Durante esos años publicó diversos libros, entre otros *Noticia de Jalisco*.

Reintegrado al sector privado, fundó en Guadalajara una empresa cuyos estudios permitieron la expansión del Banco del Pequeño Comercio, creándose 12 sucursales en el interior del país. Al mismo tiempo publicó una colección de libros bilingües sobre el arte popular de su amada entidad, del que era un gran conocedor y al que defendía como fuente inagotable de identidad. Escribió sobre ese tema innumerables artículos y varios libros. Este amor se hacía evidente en su casona

de Coyoacán, sede de una maravillosa tertulia en donde durante 13 años gozamos de su generosa y cálida hospitalidad. Aquí convivían armónicamente finas antigüedades con piezas notables de arte popular.

Durante un año dirigió Diesel Nacional y ese corto lapso le bastó para entregar con números negros una empresa que recibió en quiebra. En 1967 coordinó la difusión de los Juegos Olímpicos, labor que enriqueció con la edición de relevantes publicaciones. En 1969 adquirió una empresa fracasada, que había pretendido iniciar una enciclopedia de México y la tornó en una empresa exitosa que realizó esa magna obra, indispensable, que es la *Enciclopedia de México*. Increíblemente esto lo realizó sin ninguna ayuda institucional. Con préstamos y fondos propios, a lo largo de una década trabajó incansablemente recopilando la labor de 400 colaboradores de todo el país. Personalmente escribió para cada tomo un promedio de 250 cuartillas sobre prácticamente todos los temas y reescribió buena parte del resto del material. El fruto fueron 12 tomos, en los que podemos conocer prácticamente todo sobre México: personajes, lugares, costumbres, gastronomía, historia, geografía.

Paralelamente a la realización de la enciclopedia escribía y publicaba obras diversas, ente las que destacan: *Imagen de la gran capital*, los Diccionarios Enciclopédicos de Baja California y de Tabasco, el *Diccionario universal de Manuel Orozco y Berra*, *Las religiones*, *Leyendas mexicanas*, *Ciudad de México inolvidable* y *Summa Mexicana*, su obra más personal, en la que reúne los principales elementos que denotan la grandeza de México, una obra fundamental que refuerza la identidad y el orgullo por nuestro país, de enorme importancia, particularmente en estos tiempos; es una obra que habría forzosamente que reeditar.

Voy a permitirme transcribir el acta de la última tertulia que tuvimos con él en la casa del Convento, el 4 de febrero de 2011:

Asistentes: José Rogelio Álvarez, Eduardo Matos, Carmen Parra, Gonzalo Celorio, Sergio García Ramírez, Ángeles González Gamio,

Hernán Lara Zavala, Silvia Molina, Hugo Gutiérrez Vega, Mónica del Villar y Sergio Zaldívar.

Tras una estancia de tres semanas en el hospital, una de ellas en terapia intensiva y una recuperación de dos meses en su casa, José Rogelio, después de realizar su comida tradicional de enero, en la que el grupo de la tertulia se ampliaba, ya que los tertulianos íbamos con pareja y había otros invitados, nuestro anfitrión decidió reanudar las tertulias el mes de febrero. Desde hacía cerca de un año las habíamos cambiado del horario de siete a 11 de la noche, los miércoles primeros de mes, a los viernes de tres a siete. Fundamentalmente porque a José Rogelio se le hacía más difícil recibirnos en la noche, sobre todo en época de lluvias en la que en los últimos tiempos el agua se traminaba al interior de la casa.

Al llegar nos recibió impecable y con su habitual afabilidad. No obstante su entusiasmo, el semblante pálido, una extrema delgadez y la mirada acuosa, dejaban ver que su salud estaba muy menguada. Gonzalo y Hernán supieron que era la última vez que lo veríamos. Yo confieso que quería creer que se iba a recuperar, como lo había hecho después de su reciente gravedad.

La tertulia se desarrolló con la calidad, inteligencia y humor que la caracteriza. Ese día soleado de febrero tomamos el aperitivo en el patio. La llegada de Hugo provocó aplausos, pues tenía un largo periodo de ausencias. En esos días la noticia era el secuestro de Diego Fernández de Ceballos, que llevaba ya varias semanas desaparecido y no se sabía nada de él. Gonzalo y Hernán recordaron la deleznable experiencia que Hugo tuvo con Diego en su juventud, cuando él y sus hermanos lo agredieron a fuetazos, y que él nos había platicado en lejana tertulia.

Hernán nos dio su libro *Jesusito* y lo felicitamos por los innumerables premios que ha recibido por *Península, Península*. José Rogelio repartió el librito que publicó con los testimonios que los tertulianos escribimos evocando a Griselda Álvarez, quien fue miembro

de la tertulia. Recuerdo que estando convaleciente le preocupaba mucho que se publicara y se abocó personalmente a realizarlo. Me admiró, un día que lo visité, que en el estado tan dolido en que se encontraba, recostado en un sillón, envuelto en una cobija de la que por un resquicio se asomaba el rostro demacrado, con las plantas de los pies llagadas y la voz apenas perceptible, la imagen total de la fragilidad, estuviera haciendo proyectos y realizándolos. El día de la tertulia nos mostró una edición del *Ánima de Sayula* que hizo el gobernador Ramírez Acuña. Hugo comentó que está muy bien escrita porque se dice que la escribió un notario que no quería a los de Sayula. Volvimos a gozar con su lectura.

José Rogelio habló de la importancia del coleccionista para la historia del arte. Se discutió la bondad de ello. Matos se manifestó en contra porque en su opinión propicia la destrucción de vestigios arqueológicos. Mónica recordó el pleito de Ramón Mena y Niven con Manuel Gamio por la venta de falsos arqueológicos y José Rogelio platicó la anécdota de la colimense María Ahumada de Gómez, que compraba las piezas que le llevaban, entre otras el dios “insitu” y afirmaba con seriedad que el beisbol se había inventado ahí, por las figuras de los jugadores de pelota que tienen poses parecidas. Sergio Zaldívar mencionó que el saqueo era de tal magnitud que llegaban con avionetas a cortar estelas mayas y Matos habló de la ley que protege el patrimonio. Hugo contó que en la carretera a Ciudad Guzmán hay un letrero que reconoce a José Rogelio como impulsor del desarrollo de la costa de Jalisco. Hernán abrió el tema de la política preguntándole a Sergio GR su opinión sobre los posibles candidatos priistas a la Presidencia. Gonzalo manifestó su preocupación por la general carencia de buenos prospectos en ningún partido. Se analizaron los posibles y la situación actual. Sergio García Ramírez se preguntó: “¿Qué puede hacer un nuevo gobierno, un régimen de terror o hacerse el desentendido?” Se mencionó la corrupción y Gonzalo reflexionó acerca de cómo calificar a los que son amenazados en su persona y en

su familia para que se corrompan, situación muy generalizada, “¿Qué tanto se les puede acusar de corruptos?”, preguntó.

Se hicieron reminiscencias históricas y Hugo recordó lo que se decía en la época de Calles: “Aquí vive el presidente, el que manda vive enfrente”. Se expresaron distintas opiniones sobre lo que sucede, para concluir que sí, estamos en guerra. Hugo finalizó con una aguda declaración: “Después de los gobiernos del PAN, el futuro ya no es lo que era.” Se habló de los costos del sistema de salud y la falacia que es el Seguro Popular, que incrementa la carga del Seguro Social. Sergio Zaldívar encomió el heroísmo de los trabajadores que hacen que la ciudad funcione. En ese momento estábamos degustando el salmón que estaba exquisito, lo que hizo notar Silvia, quien pidió la receta. Esto llevó a comentar las declaraciones de unos conductores de la BBC de Londres denostando la cocina mexicana. Carmen destacó que el hecho sucedió poco después de que nuestra comida fuera declarada Patrimonio Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO. Se pasó al tema de la arquitectura y el patrimonio, por la remodelación del Palacio de Bellas Artes, que ha sido muy polémica y por la destrucción de una obra funcionalista de Vladimir Kaspé, en las Lomas de Chapultepec. Según Sergio Zaldívar, “un pinche edificio bastante mediocre”, lo cual dio lugar a que se contaran diversas anécdotas jocosas sobre arquitectos: de la calva del pelón De la Mora, otra de Enrique del Moral y una más del célebre Garizurieta. En ese tenor, José Rogelio, quien estaba de excelente humor, habló del feliz heroísmo de Pedro Moreno, que perdió la cabeza por defender el “sombbrero”. Hablando de las glorias de Lagos de Moreno, Hugo recordó un dicho popular: “Tierra de Lagos, tierra de godos, parientes todos y enemigos todos.”

Lo conminamos a que volviera a contar la anécdota de la tía Merceditas y Primitivo: “Ella dejaba como señal la puerta entreabierta. Él tocaba tres veces y ella preguntaba: ‘¿Quién es?’, y él respondía: ‘¿Estás dispuesta a recibir obra de varón?’. ‘Dispuesta estoy’, contestaba

Merceditas y a continuación venía el rechinar del tambor de la cama.” Hugo declaró “el triunfo de la concupiscencia”. José Rogelio platicó sobre el letrero que rezaba: “Los que tengan puercos que los amarren los que no, no.” El motivo del aparente bizarro mensaje es que algunos, queriendo pasarse de listos, amarraban los puercos que eran de otros. Matos, Gonzalo y yo mencionamos la posibilidad de crear el grupo “Zócalo”, para defender ese espacio tan mancillado por el gobierno capitalino que preside Marcelo Ebrard. Se hicieron diversas propuestas y quedamos de analizar el asunto.

En eso estábamos cuando dieron las siete de la noche y Eduardo, siempre pendiente de la hora, declaró concluida la tertulia. Las despedidas en el inmenso portón de la casa del Convento fueron ese día más afectuosas y prolongadas, quizás por el presentimiento que tenían varios tertulianos de que no volveríamos a ver a José Rogelio, el entrañable amigo, generoso anfitrión, maestro en mil sentidos, Señor, con mayúscula. Y así fue.

RECUERDO DE JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ

Hugo Gutiérrez Vega

José Rogelio Álvarez Encarnación era como un personaje de novela de Somerset Maugham: alto, delgado, flexible, elegante (le gustaban las corbatas de moño y los trajes príncipe de Gales), ingenioso y elocuente. Su bigote de coronel del Raj ya encanecido le daba, a la vez, jovialidad y prestancia. Era trabajador, sabía descansar e hizo de la conversación su arte principal. Dirigía, junto con Ángeles González Gamio (quien en el nombre lleva la actitud vital y la forma de tratar a los amigos y amigas) una hermosa tertulia que funcionaba en su espaciosa casa-biblioteca-pinacoteca de Churubusco, una vez al mes. Margarita, su secretaria, nos presentaba sorpresas culinarias y el vino rojo nos alegraba y soltaba nuestras lenguas (la mía con frecuencia exageraba en materia de anécdotas picantes y de palabras demasiado populares. Hago constar que Hernán Lara Zavala, el acertado autor de la gran novela *Península*, *Península*, era el instigador de mis excesos verbales). La tertulia era un modelo de tolerancia y de libre expresión. Terminaba a las 11 de la noche y José Rogelio nos despedía en el portón de su casa con su bonhomía de caballero antiguo y su ánimo humorístico. Sergio García Ramírez, jurista sabio e íntegro, y Gonzalo Celorio, notable defensor de la integridad de la Academia de la Lengua, han escrito bellos textos sobre José Rogelio y nuestra tertulia (su gran virtud consistía en hacernos sentir en nuestra casa), y José María Muriá, visitante esporádico que se reunía con los tertulianos cuando lograba apartarse por unos días de ese Zapopan que tanto y tan mal crece y “prospera”, escribió un

elocuente elogio de nuestro añorado amigo. Por eso quiero limitarme a recordar algunos de los temas que, a petición nuestra, exponía en la tertulia. Tal vez uno de los más interesantes fue el de su experiencia como jefe del proyecto de desarrollo de la costa de Jalisco, durante el gobierno del maestro Agustín Yáñez, tal vez el mejor gobernador de Jalisco en el siglo XX. Yáñez y José Rogelio unieron la hermosa costa al resto del estado. El paraíso tropical estaba aislado casi por completo (las avionetas del capitán Fierro eran un valioso pero precario medio de comunicación) y sus riquezas agrícolas, comerciales y turísticas se veían limitadas por el terrible aislamiento. Alguna vez (cuando el cuerpo aguantaba esos excesos) hice dos días de Guadalajara a Puerto Vallarta. Nos quedamos a dormir una noche en el rancho Los Volcanes y pasamos por las escarpadas montañas de Talpa y Mascota. La noche de nuestra llegada al puerto, que tenía menos de cinco mil habitantes y comerciaba con Nayarit, dormí como un justo en el hotel Paraíso de don Toño Guereña, después de haber comido una milagrosa sopa de “cajos” y unos ostiones descomunales preparados al horno, en la casa de don Carlos Munguía y de su esposa Natalia, padres de mi alumno y amigo Carlos, quien, siempre fiel a su Vallarta, al terminar los estudios regresó al puerto y se convirtió en su cronista y promotor cultural. Le tocó ver el espectacular crecimiento de su ciudad y testimoniar las grandezas y los errores de eso que los humanos llamamos “progreso”.

Tomatlán, Barra de Navidad, Tenacatita y otros lugares de la costa tenían a Manzanillo como única salida. El proyecto Yáñez-Álvarez unió a todos esos mágicos y ricos lugares con Guadalajara, centralista como el prepotente Distrito Federal, pero también con el resto del estado. José Rogelio nos hablaba con entusiasmo y modestia de este logro capaz de justificar una vida. Su amistad con Agustín Yáñez y Rafael F. Muñoz, sus trabajos con Martín Luis Guzmán en la revista *Tiempo*; sus luchas para crear (en el sentido total de la palabra) la *Enciclopedia de México*, su amor por las artes populares, sus muchos libros y folletos sobre historia, cerámica y toda clase de artesanías eran otros

de sus temas. Lo hacíamos hablar y cumplía nuestras peticiones en un español impecable y originalísimo. Nos escuchaba con atención y siempre mantuvo viva la curiosidad y cultivó la virtud del asombro ante todos los *alimentos terrenales*.

Lo recuerdo con afecto especial y añoro su hospitalidad y su sapiencia. Quiero decir algo infantil para culminar este recuerdo: lo veo dirigiendo una tertulia en el paraíso. En su nube se acomodan Yáñez, Muñoz, Guzmán, Cayetano Cantú y otros que lograron entrar al cielo. (Dios tiene mejor gusto que los cardenales, arzobispos y obispos de una Iglesia que, para nuestra fortuna, tiene también teólogos de la liberación.) Veo a José Rogelio y lo escucho hablar con mesura y elegancia. Su tertulia debe ser la mejor del paraíso.

UNA NOCHE

Hernán Lara Zavala

Suena la campana del caserón ubicado en calle del Convento No. 50 (antes 25) en San Diego Churubusco, Coyoacán. Un amplio portón de madera resguarda la entrada. El perro ladra insistentemente. Quien asoma por la ventanilla es Margarita, saluda y abre las dos hojas de la puerta para que meta mi automóvil. Son cerca de las ocho de la noche.

—Pase —me dice— están en la biblioteca.

El pequeño schnauzer negro sigue ladrando tras de mí mientras atravieso el gran patio de piso de mosaico con una fuente cantarina al centro. Del lado derecho se encuentra la biblioteca tenuemente iluminada. Ya llegaron, como siempre, Ángeles González Gamio y Eduardo Matos. José Rogelio preside la reunión en una silla de brazos frente a la chimenea, a su espalda uno de los estantes tapizado de libros y a su derecha, Ángeles, con su eterna y afable sonrisa, presencia femenina que acompaña y auxilia a José Rogelio en calidad de anfitriona. Eduardo Matos, en la esquina del sofá más cercano a José Rogelio, de espaldas a la casa, bebe una copa de vino. Los tres charlan amigablemente. Son los fundadores de la tertulia y nos esperan siempre puntuales. Los demás aparecemos de acuerdo con nuestras agendas y complicaciones. Griselda Álvarez solía encontrarse también entre los primeros pues nuestra “Duquesita” se encargaba de pasar por ella y la sentaba a la izquierda de José Rogelio. Matos, como primer ministro que ve directo hacia la puerta, anuncia humorísticamente a quienes van llegando: “Lara Zavala, coma, Hernán”, “Vampi”, “Velorio”, “Moniquita”, “Silvana”. José Rogelio sonrío, sus ojillos brillan tras los cristales

de sus lentes, muestra los incisivos ligeramente separados, sus bigotes blancos y bien acicalados se curvan hacia arriba, su cabello con su vereda recta del lado derecho bien atildado; lleva una pajarita al cuello y siempre nos recibe de saco. Se pone de pie. Me acerco a él que, elegante y caballeroso, me abraza. “Jefe”, le digo, “qué gusto”. Ángeles, atenta y sabedora de qué y cuánto bebe cada quien, llama a Jorge, el amable mesero que nos atiende en las sesiones, para que me ofrezca un whisky. Y así van entrando uno a uno los tertulianos: Felipe Garrido, Sergio García Ramírez, Carmen Parra, Hugo Gutiérrez Vega y Sergio Zaldívar. Nos incorporamos a la conversación iniciada por los tres fundadores, la cual se va enriqueciendo con cada nuevo arribo salvo que surja una noticia que rompa el hilo de la charla: alguien que acaba de publicar un libro y que, como se ha hecho costumbre desde los inicios de la tertulia, lo reparte de inmediato y autografiado entre los presentes, o quién ha recibido algún premio o condecoración o ha tenido cierta ventura o desventura que merece comentarse. La primera parte de la reunión suele tener carácter informativo: se tocan sucesos recientes de la política del país, se discuten temas de actualidad, nos ponemos al día sobre las actividades de cada uno aunque también se establecen pequeñas conversaciones segregadas que propician camaradería y confianza entre grupos de dos y tres.

Entre tanto la egregia presencia de José Rogelio Álvarez, a pesar de ser el anfitrión, el enciclopedista y el decano del grupo jamás interfiere, replica, interrumpe, se molesta o intenta dar pauta a la charla. Él escucha atento, interviene cuando lo considera pertinente y muchas veces respalda su comentario sacando algún libro del anaquel de su extensa biblioteca para enriquecer o reforzar lo que se discute. José Rogelio es un hombre sumamente discreto que decía, entre burlas y veras, que no había quien “le ganara a humilde”, implicando que no le gustaba hacer alarde de sus conocimientos y mucho menos de sus logros. No obstante, en las muchas conversaciones que sostuvimos con él a lo largo de los años, nos dejó entrever sus enormes cualidades físicas

(corredor de pista y campo: carreras de velocidad, salto de longitud y lanzamiento de bala), así como políticas (su paso por el gobierno de Jalisco, sus militancias revolucionarias de juventud, sus diversos cargos en el gobierno) e intelectuales (miembro de la Real Academia de la Lengua) que le permitieron, desde muy joven, ocupar importantes puestos públicos y estar en contacto con los artistas y pensadores más brillantes del país. Sus más acendradas pasiones son la historia de México, el estado de Jalisco, la educación nacional, las aguas y reservorios del país y el arte popular mexicano, con particular gusto por el vidrio soplado, aunque sabía de todo tipo de artesanías. Su gran logro: haber escrito la *Enciclopedia de México* (1977). En enero de 2008 nos obsequió su trilogía *Costumbres y tradiciones mexicanas* publicada en España con una elegante tarjeta dirigida a cada uno de nosotros y firmada por él.

En otra ocasión le pregunté cómo había descubierto su vocación de enciclopedista y me contestó con el siguiente ejemplo:

Cuando trabajé como director de Disel Nacional —nos dijo— me di cuenta de las enormes ventajas de la fabricación en serie al observar cómo diferentes piezas se van ensamblando en las bandas mecánicas hasta integrar un automóvil. Es el mismo sistema que apliqué para armar mi enciclopedia: estudié los diversos temas que debería contener el proyecto y lo fui desarrollando, algunos en paralelo, otros en línea, hasta lograr la integración total.

Cerca de las nueve de la noche Ángeles se pone de acuerdo con Margarita para servir la cena. Nos conminan a la mesa y pasamos de la biblioteca, en exterior, al comedor dentro de la casa. El breve trayecto permite alguna infidencia o saludar más efusivamente a alguno de los tertulianos que llegaron más tarde. La casa de José Rogelio rebosa de obras de arte: la cabeza de un Cristo barroco, una figurilla erótica en marfil sobre una mesita, vitrinas con preciados objetos y antigüedades, lámparas, esculturas y las paredes tapizadas de pinturas y gobelinos.

Arte por el arte. Llegamos a la mesa siempre bien dispuesta con las copas y vajillas de su extenso chinerío que José Rogelio elige en cada sesión ex profeso y rigurosamente de acuerdo con el menú. En el centro de la mesa nos espera invariablemente una enorme rueda de queso manchego rodeado de uvas, blancas y tintas. José Rogelio no se sienta en la cabecera, sino al centro, frente a Ángeles. Si hay *quorum* coloca a dos mujeres a su lado (Griselda, Mónica, Silvia o *Riqui*) así como Ángeles siempre está flanqueada por Eduardo Matos a la derecha y Gonzalo Celorio a la izquierda (*¡Quiobo, quiobo, quiobo!*). Los demás nos sentamos *ad libitum* aunque por lo general Eugenio elige una de las cabeceras para fumar y es frecuente que Felipe Garrido ocupe la otra. Jorge, el mesero, inicia sirviendo vino mientras comemos queso y uvas y Margarita manda una cena de tres tiempos, bien balanceada, novedosa y de excelente sazón. Los menús de José Rogelio buscan seguir el ritual del santoral o de las fiestas mexicanas. En enero pavo y rosca de reyes, en febrero atole y tamales, en septiembre los chiles en nogada y ponche, en noviembre nos pone calaveritas como identificadores y en diciembre abre las puertas de su casa para hacer una comida más amplia, a mediodía, que incluye a las parejas de los tertulianos, a otros amigos y sus hijos en el enorme patio con varias mesas dispuestas con platillos mexicanos.

En el comedor la tertulia resulta más amplia y participativa y la conversación, acompañada de vinos y manjares, más sabrosa. Todos los tertulianos son grandes memoriosos y es un placer escucharlos. Recuerdo la vez que le preguntamos a Sergio García Ramírez cuál había sido su reacción el día en que, por alguna confusión (SG), lo “destaparon” las “fuerzas vivas del PRI”, a lo que Sergio respondió con modestia y gran sentido del humor; o a Griselda Álvarez contándonos sobre su infancia como hija única en el rancho de su padre o la vez que puso un anuncio parodiando el “Aviso Oportuno” en el que buscaba pareja, como en los clubes de corazones solitarios, aunque con la rotunda aclaración: “Dinero, ni pido ni doy”; a Hugo Gutiérrez Vega, con esa

memoria colosal, recitando completa y de memoria “El ánima de Sayula” o contando las aventuras eróticas de sus tíos para risa y entretenimiento de todos los comensales; a Felipe Garrido exponiendo su teoría de que Avellaneda no era otro que el propio Cervantes o comentando las obras de Rulfo y Arreola; a Eduardo Matos hablando de sus conferencias y una en particular, en la que lo recibió el abad de un viejo convento en Francia, en su amplio recinto particular en la torre del monasterio y, *tête-à-tête*, escanciaron los mejores vinos y una suculenta cena tipo medieval; a Mónica refiriendo sus hallazgos y viajes arqueológicos o sus ediciones sobre el tema; a Vicente disertando sobre la Ciudad de México o relatando anécdotas de Bonifaz Nuño, Alí Chumacero, Luis Mario Schneider o citando los apodos que, según él, Francisco Hernández le ha puesto a amigos y amigas comunes; a Eugenio Aguirre comentado sus múltiples libros publicados más los que están en proceso; a Gonzalo Celorio discurrendo sobre sus grandes pasiones: la UNAM, la Academia de la Lengua, las dudas semánticas (a fin de cuentas Gonzalo lo sabe todo, como decía Rafael Ramírez Heredia) o citando algún poema de López Velarde, Villaurrutia o Pellicer; a Ángeles charlando sobre el Consejo de la Crónica o sus recientes incursiones al corazón de la ciudad ilustrándonos sobre restaurantes, mercados, monumentos y edificios de México; a *Riqui* compartiendo sus audaces proyectos pictóricos o las memorias de infancia con su padre el “Caco Parra”, o cuando Silvia vence su gran discreción y relata, con voz tenue y mesurada, alguna anécdota sobre sus comienzos literarios, lo que acaba de escribir o sus cuitas en el trabajo o evoca la imagen que ha rescatado de Héctor Pérez Martínez, su padre, y a Sergio Zaldívar respondiendo cómo logró salvar la Catedral metropolitana de su hundimiento.

Pero el placer principal está en escuchar a José Rogelio Álvarez que, con su voz pausada y sabia, relata sus múltiples y disímboles experiencias a lo largo de la vida, como cuando fue secretario particular de Agustín Yáñez, a la sazón gobernador de Jalisco, y la noche en que tuvieron que refugiarse en el Palacio de Gobierno porque una turba

protestaba airadamente contra de ellos y los amagaba a las puertas de Palacio con gritos e imprecaciones. Mientras esperaban a que la manifestación se disolviera, José Rogelio vio que Yáñez se metía a su despacho donde se encerró a piedra y lodo. Unas cuantas horas después, ya de madrugada y dispersada la manifestación, Yáñez salió y le entregó a José Rogelio un manuscrito que empezaba con la siguiente frase: “Aquella noche don Timoteo Limón había cenado ni más ni menos que todas las noches y a la primera campanada de queda, como todas las noches, a solas ya en su cuarto, había comenzado a rezar el rosario de su devoción por el Alma del purgatorio más necesitada u olvidada”. Efectivamente, el primer capítulo de *Al filo del agua*.

Las sesiones se prolongan hasta las 11 de la noche, hora en que Eduardo Matos da el toque de retirada y los tertulianos iniciamos la huida. José Rogelio nos acompaña invariablemente hasta la puerta y se despide, uno por uno, con un afectuoso abrazo.

Nuestro gran Jefe, José Rogelio Álvarez Encarnación, falleció el 4 de marzo de 2011. Antes había sufrido una neumonía que lo mantuvo en el hospital durante días. Se recuperó pero bajó mucho de peso y en sus ojos se anunciaba ya la proximidad de la muerte. La última tertulia en la que nos despedimos de él, Gonzalo Celorio y yo comentamos, muy consternados, que tal vez sería el último abrazo que le daríamos.

Durante los años que nos recibió como anfitrión nunca lo vi perder la calma, caballerosidad, elegancia, sensatez y modestia. Fuera del ámbito de la tertulia, en 2010, durante un viaje que hicimos a San Sebastián del Oeste, Jalisco, donde nació, pude atestiguar cómo cumplía uno de sus más caros anhelos cuando le pusieron el nombre de su madre, Mercedes Encarnación de Álvarez, a la escuela del pueblo y, luego de leer un emotivo discurso, creó una serie de premios para apoyar a los jóvenes estudiantes de su lugar de origen.

Ahora un fantasma recorre la Tertulia del Convento: el de nuestro querido fundador y anfitrión durante tantos años. Nos ha

costado mucho trabajo “hallarnos” sin él. Todo sucedía tan fácil mientras vivió. Pero algo nos infundió a quienes formamos parte de su grupo pues, a pesar de su ausencia, su espíritu se encuentra todavía entre nosotros.

JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ, DEFENSOR Y PROMOTOR DEL PATRIMONIO CULTURAL

Eduardo Matos Moctezuma

Una de las múltiples facetas que desarrolló José Rogelio Álvarez fue la de ser un gran defensor y promotor del patrimonio arqueológico, colonial y del arte popular. En todas ellas destacó de manera significativa, como lo demuestra su actividad en este sentido que trajo como consecuencia la salvaguarda de muchos materiales que de otra manera se hubieran perdido. Veamos algunos ejemplos en lo que a la arqueología se refiere. Relata José Rogelio que el representante del INAH en el occidente de México, José Corona Núñez, se quejaba constantemente del saqueo de que eran objeto los materiales arqueológicos del Estado de Jalisco. Por aquel entonces José Rogelio era secretario particular del gobernador del Estado, lo que le permitía tener contacto inmediato con los demás funcionarios de la administración. Fue así como habló con el procurador y acordaron actuar de la siguiente manera: “cada vez que nos diéramos cuenta o se denunciaba la existencia de traficantes de piezas arqueológicas, sorprenderíamos a los delincuentes, aunque en situación muy especial, porque en aquella época no se tipificaba como delito el saqueo de los bienes culturales de la nación”.* A continuación se detenía hasta por 24 horas al infractor y al día siguiente se le presentaba un documento por medio del cual donaba las piezas al Estado de Jalisco, con lo cual quedaba en libertad. Un caso conocido fue el de Wi-

* Los datos de este ensayo fueron tomados de Edith Jimenez, *José Rogelio Álvarez. recuerdos, trabajos y letras*, México, Color, 1994.

William Spratling, impulsor de la platería en Taxco, a quien se sorprendió con un cargamento de objetos arqueológicos. Así relata los hechos nuestro homenajeadó:

Con maña se le impidió hacer una llamada telefónica porque sabíamos que con el altísimo nivel de influencia que tenía, hubiera sido imposible rescatar el cargamento de piezas arqueológicas que llevaba. Sin embargo, nos empeñamos en que no saliera de México y con nuestro habitual sistema, la mañana después de su encarcelamiento firmó la carta de donación a favor de México.

La cantidad de objetos recuperados con tan singular sistema fue de tal magnitud que se hizo necesario tener un pabellón en el cual se guardarán y exhibieran los materiales. Una vez más, José Rogelio acudió a su ingenio para dotar de tan deseada obra al estado, pues no se contaba con medios económicos suficientes para sufragarla. Aprovechó la visita que por aquellos días hizo la esposa del presidente López Mateos y después de llevarla a ver algunas obras realizadas le mostró la galería de piezas antiguas. En la comida que se le ofreció, la primera dama dijo al gobernador Yáñez:

—Todo es excelente Agustín, pero quiero felicitarlo especialmente por esa magnífica nave con piezas arqueológicas rescatadas de las manos de la delincuencia internacional. ¡Lo felicito! Será un ejemplo para los gobiernos de los estados en donde se practica esta tropelía contra México.

Don Agustín Yáñez volteó a verme con ojos que me parecían fulminantes, la miró a ella y sólo le dijo:

—¡Gracias, muchas gracias, Eva!

De más está decir que la obra se realizó a costas del gobierno del estado de Jalisco.

En una de las tertulias realizada en su casa, José Rogelio me contó la manera en que el famoso sacro de Tequixquiac, pieza considerada como de gran antigüedad consistente en un hueso sacro de camélido encontrado en el tajo de Tequixquiac a fines del siglo XIX y estudiado por don Mariano Bárcena, estuvo depositado durante varios días en su casa en Guadalajara. De esa manera pudo conservarse y actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Antropología.

Por su incesante labor para bien de nuestro patrimonio arqueológico, el INAH lo reconoció imponiéndole la medalla Miguel Othón de Mendizábal.

Como parte de su tarea de dar a conocer nuestro patrimonio, José Rogelio impulsó una serie de libros que llevó por título “Jalisco en el Arte”, donde se publicaron textos como el de Corona Núñez, *Arqueología del occidente de México*; dedicado a la Colonia tenemos *Arquitectura. Barroco popular*, obra de un joven arquitecto que a partir de entonces guardó estrecha amistad con José Rogelio y hoy es miembro de la Tertulia: Sergio Zaldívar. Otro fue el librito de Leopoldo Orendain que trata de *Pintura. Siglos XVI, XVII y XVIII* y el de Justino Fernández, distinguido historiador del arte, quien escribió *Orozco en la Universidad de Guadalajara*. También dio paso a la expresión popular por medio del libro *Alfarería de Tonalá*, de Isabel Marín de Paalen y del mismo José Rogelio, quien escribió los tomitos *Vidrio soplado* y *Chilte de Talpa*. A esta labor habría que agregar su monumental aporte, la *Enciclopedia de México*.

Con lo anterior he tratado de hacer una semblanza de lo mucho que debe a José Rogelio Álvarez la cultura de México. Podríamos extendernos mucho más y abarcar diversos tópicos que fueron propios de nuestro amigo y maestro. Otros miembros de nuestra Tertulia del Convento abordan temas diversos que amplían y enaltecen la figura de quien, sin lugar a dudas, fue uno de los máximos defensores, promotores y concedores de nuestro país.

EL HOMBRE DE LA CORBATA DE MOÑO

Silvia Molina

En el reverso de la puerta del clóset de mi madre colgaban, alineadas con cuidado, unas tiritas de seda no del todo rectangulares. Me gustaban su colorido y su textura. Un día supe que eran corbatas de moño. Las había usado mi padre. Todavía hoy que lo pienso, me impresiona que mi mamá guardara esas prendas tantos años. Nadie a nuestro alrededor las usaba y yo las creía una antigüedad hasta que conocí al doctor Molina, mi suegro, que las vestía con garbo. “Qué curioso”, reflexioné, “que el padre de mi marido también use pajaritas.”

Cuando Ángeles González Gamio me llevó por primera vez a casa de don José Rogelio, lo vi a los ojos y después clavé la mirada en su corbata de lazo. Fue un imán, una atracción. Me turbé, apenada. Él entendió, porque entendía todo, es increíble. Tenía una rapidez de mente poco común, sobre todo a su edad. “Las usaba tu padre; lo recuerdo muy bien. Somos pocos los que la llevamos.” Y, cariñoso, me dio un beso de bienvenida.

La siguiente tertulia, me obsequió una copia de un discurso que pronunció en el Palacio de Bellas Artes, en 1949, con motivo del primer aniversario del fallecimiento de mi padre. Me sorprendí. Y la siguiente, un artículo que escribió sobre él en la revista *Tiempo* de Martín Luis Guzmán —de la que fue jefe de la sección de economía, jefe de información, jefe de redacción y encargado de la sección política—, con motivo de su nombramiento como secretario de Gobernación.

Su archivo era impecable. Pero además, esos detalles fincaban una cercanía especial entre nosotros. Me hizo sentir cálidamente acogida en su tertulia: había apreciado a mi padre y tenía el gusto de hacérmelo sentir.

Fui descubriendo poco a poco su persona: la frente amplia, las canas que le daban seriedad, los anteojos cuadrados y grandes, el bigote cuidado, los dientes delanteros un poquito separados, la sonrisa franca, el cigarro entre los dedos de la mano, el sentido del humor travieso, la espalda siempre recta —sin duda vestigio de su afición al deporte.

Era jovial y divertido. Me encantaba que dirigiéndose a Hugo Gutiérrez Vega o a Eduardo Matos dijera “Mira, mano...” Era bonito escucharlo: “Mira, mano...” Le salía del alma y sabíamos que lo que seguía en su discurso era el entusiasmo, la vehemencia.

Y más despacio todavía fui adentrándome en su espíritu humanista y en su bondad sin fin, así como en su larga y apabullante trayectoria: su llegada a la Ciudad de México en los treinta, deslumbrado por la arquitectura del centro histórico porque fue a dar a la calle de Guatemala y después a la colonia Santa María. Se sentía orgulloso de su Secundaria Cuatro, de los maestros que le enseñaron tanto a pensar y a trabajar como a sentir la experiencia estética. Hablaba entusiasmado de su paso por San Ildefonso, ya que lo marcaron no sólo los murales de Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Jean Charlot, sino también el ambiente posrevolucionario que todavía se sentía en los corredores de la preparatoria, lo que, explicaba, lo hizo despertar hacia el interés por la política.

Nos hablaba de su experiencia en Guadalajara al lado de don Agustín Yáñez, de su labor de planeación en la costa de Jalisco, gracias a la cual floreció Puerto Vallarta, entre otros beneficios de su desarrollo. Tenía especial cuidado cuando hablaba de su labor en la Secretaría de Educación Pública, donde lo llamó nuevamente el maestro Yáñez y donde, entre otras muchísimas cosas, revivió la revista *El Maestro*, que casualmente también dirigió mi padre.

Escuchándolo supe de su trabajo como director de Conafe, en la paraestatal Diesel Nacional, de su edición de los catálogos de las Olimpiadas del 68 y de su magna empresa, la *Enciclopedia de México*, que estuvo en la cocina muchos años y fue un éxito rotundo.

Don José Rogelio sabía de todo pero no fue un hombre protagónico; al contrario, era humilde y sensato. Tanto, que en muchas ocasiones guardaba silencio para escuchar a los demás. Dominaba muy bien su espíritu enciclopedista, que lo hubiera llevado a hablar horas de cualquier tema porque lo mismo fue erudito en las peleas de gallos que en la charrería o en las festividades religiosas del país. Lo mismo podía discutir de economía que de historia o arte o geografía o política. Estaba al corriente, más al día que nosotros.

Me apena muchísimo no haberlo gozado más, no haber ido a visitarlo con más frecuencia, no haberle llamado por teléfono entre semana. Me siento en falta. Una noche le confesé que le admiraba esa pasión por su estado natal, sobre el que escribió infinidad de libros, y me dijo que los había hecho sin darse mucha cuenta, uno detrás de otro, para que no se perdiera la información. Aprendió bien de sus maestros, es cierto, y también nos infundió a los tertulianos su espíritu de trabajo y reconocimiento hacia los demás.

Una noche soñé que un hombre con corbata de moño ponía la mesa en mi casa y me decía amablemente que ya podíamos comer. Me desperté y no supe si era mi padre o él, después de todo también cumplió, de alguna manera, esa función entre nosotros, además de la de maestro.

Nos dejó solos, pero también es verdad que nos preparó para la despedida, la más honorable que he presenciado: como si nada fuera a pasar, nos despidió uno a uno en la puerta de su casa y todos sabíamos que sería la última vez.

Ahora nos reunimos sin él, pero sigue presente, como nunca, entre nosotros. Nos recuerda su ímpetu por el trabajo, su amor por México, su dignidad y su decencia.

DON JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ ENCARNACIÓN*

José María Muriá

Un distinguido grupo de mexicanos, que estuvo muy cerca de don José Rogelio Álvarez durante los últimos 10 o 15 años de su vida, acaban de resumir en pocas líneas el gran valor de este hombre para nuestra sociedad:

De una cabal honestidad intelectual y material, fue un hombre generoso que amó profundamente a su país y siempre estuvo dispuesto a compartir sus muchos conocimientos y apoyar las mejores causas...
Un modelo de mexicano que orgullosamente debemos difundir.

Fue mayormente un hombre de letras, pero su enorme inquietud lo llevó a recorrer otros caminos, sobre todo cuando éstos implicaban un reto especial y ofrecían indudables beneficios a los mexicanos. Primero sus trabajos en aquella heroica Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco, que abrió los caminos y el desarrollo de una importante comarca de ese estado, cuyo emblema es hoy Puerto Vallarta. Luego sobrevino la rehabilitación de Diesel Nacional. Finalmente, el rescate de la *Enciclopedia de México*, cuya obra lo acabó definiendo a él mismo como el mayor *enciclopedista* mexicano.

* Leído en el homenaje postumo a José Rogelio Álvarez, El Colegio de Jalisco, 4 de abril de 2006.

Empezaron por ser 12 tomos dedicados a cuestiones relacionadas con nuestro país. Ahora, ya en otras manos, la obra ha seguido creciendo, pero siempre con las mismas bases y estructuras, simplemente agregándosele más información. Pero en aquellos años setenta José Rogelio Álvarez supo hurgar y hacer que se escarbara en todos los rincones, para llegar a formar el mayor cuerpo de conocimientos de nosotros mismos.

Con el tiempo haría también una espléndida síntesis concentrada en el año 1985. No hay biblioteca pública que no posea un ejemplar, lo mismo que muchos millones de mexicanos interesados en saber lo que somos.

Asimismo se le deben ediciones de muy buen gusto, casi siempre de tema histórico, y no pocos trabajos puntuales escritos por él mismo. Desde cuestiones artesanales, como el chilte y el vidrio soplado, hasta la ciudad de Guadalajara y la gran urbe del Distrito Federal. Los *Nueve ensayos sobre Jalisco* se han convertido en un verdadero clásico indispensable para comprender el estado en que nació.

Don José Rogelio vino al mundo el 12 de junio de 1922, de manera que casi cumplió 89 años de fecunda vida. Lo hizo en Guadalajara, aunque con raíces familiares lo mismo en la Sierra Madre que en el sur de la entidad. Tenía, sí, una idea clara de su identidad regional, mas ello no le impidió su compromiso e identificación con el resto del país. Siendo muy jalisciense, pues, se consideró siempre muy mexicano: sus preferencias regionales eran claras, pero también lo era su interés por todo el conjunto de la nación.

Estudió historia en la UNAM, pero también incursionó en las Escuelas de Economía y de Antropología. Entre las tres, lo mismo que la cercanía con Agustín Yáñez, le ayudaron a forjar su personalidad de verdadero humanista. No de balde la Academia Mexicana de la Lengua lo acogió como miembro de número.

La vida cotidiana posterior, con sus altibajos y desplazamientos, se encargó del resto para hacer de él un mexicano excepcionalmente

útil para sus compatriotas. Por último, nada más diré que, sin haber sido nunca docente regular, la vocación por la enseñanza la tenía a flor de piel. En el podio o dirigiendo y escribiendo en revistas, la vocación por compartir conocimientos era el pan suyo de cada día, que se sublimó durante los años que fue asesor del secretario de Educación Pública, director de la revista *El Maestro* y autor de no pocos programas de mejoramiento educativo.

¡Descanse en paz, maestro José Rogelio Álvarez!

PASIÓN POR LA TINTA

Carmen Parra

Conocí a don Rogelio Álvarez por una conversación hace mucho tiempo, entre mi papá y un amigo suyo, el licenciado Héctor Alcocer.

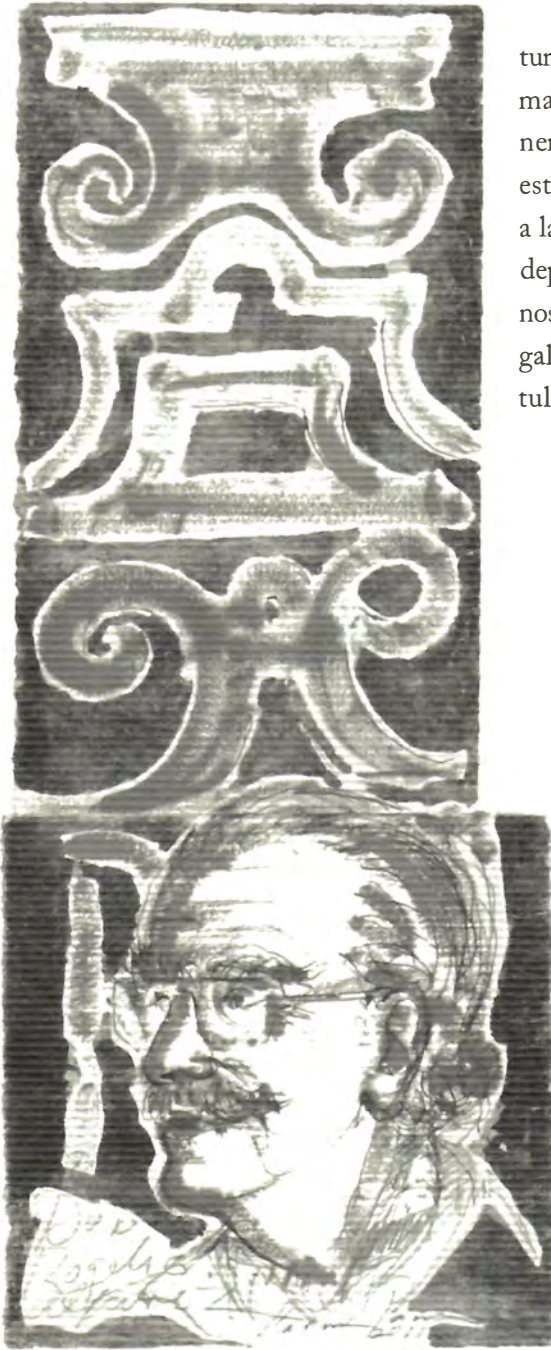
—¿Ya viste, Manuel? Tu hija está en la Enciclopedia y tú no. Silencioso y sarcástico, mi padre respondió:

—¡Qué bueno!

Don Rogelio me regaló un pase directo a la historia al incluirme en la tinta impresa de su *Enciclopedia de México*, estoy muy agradecida pues ya nunca me encuentro sola. Tengo grandes conversaciones interminables con todos los personajes de la A a la Z, siempre que veo una biblioteca reconozco de lejos los lomos de los libros con la serpiente emplumada, Quetzalcóatl.

Eduardo Matos y Ángeles González Gamio me incluyeron en las tertulias del convento. Se hicieron realidad esas conversaciones imaginarias, fueron con don Rogelio y todos los tertulianos; don Rogelio y yo inmediatamente nos reconocimos en la fraternidad de la tinta y el papel: la memoria.

Nuestro caballero nos invitaba a pasar las veladas más deliciosas en las que el ritmo, la cadencia, la atmósfera y su vocabulario en extinción hacían de esos momentos un regalo inusitado en este caos de la Ciudad de México. En la calle del Convento, en Churbusco, donde muy significativamente se encuentra el Museo de las Intervenciones, nuestra *Enciclopedia de México* voló y se la llevó la *Enciclopedia Británica*.



Ha sido la aventura de nuestro amigo una manera heroica de detener el tiempo; nos regala esta tertulia como ofrenda a la amistad y su futuro lo deposita en nuestras manos. Celebremos este regalo. ¡Larga vida a la Tertulia del Convento!

© Carmen Parra, José Rogelio Álvarez, 2011.

LA CONSTANTE LECCIÓN

Vicente Quirarte

Cuando era más joven de lo que es ahora, José Rogelio Álvarez supo que la palabra que no se traslada al terreno de la acción es como semilla sembrada en tierra estéril. Acaso en dos momentos de su juventud cronológica tuvo que decidir la vertiente por la cual sus palabras y sus ansias iban a encontrar apasionado y definitivo cauce. Uno, cuando en su calidad de secretario particular del gobernador Agustín Yáñez, y en posteriores responsabilidades, hacía extensos y temerarios vuelos sobre territorio jalisciense. Su objetivo era leer, en la piel misma del planeta, los accidentes y las necesidades de esa tierra tan tersa como bronca, tan flaca como pródiga. Otro, cuando el maestro Yáñez, en un afán por ser fiel a su vocación insobornable, le pedía que recopilara el nombre de flores y plantas de un lugar preciso del estado con objeto de incorporarlas, cuando fuera posible, a su vasto proyecto narrativo, tan importante como la obra que llevó a cabo al frente del gobierno. Su discípulo José Rogelio Álvarez ha registrado en varios momentos esta singular entrega de un hombre de letras a la construcción tangible de la patria.

De esas dos lecciones definitivas, aprendió a mirar de otra forma su tierra, ésa que lleva tatuada en el alma, y por ende a conocer a la Suave Patria en las entrañas. Jalisco y México son para él dos pasiones

* Palabras en el homenaje de la Academia Mexicana de la Lengua a José Rogelio Álvarez. Centro de Cultura Casa Lamm, 14 de junio de 2007.

y dos vocaciones, y a ellos ha dedicado sus trabajos y sus días, con un amor nunca menguante, siempre en ascenso.

Cuando se consultan fuentes para encontrar datos acerca de José Rogelio Álvarez sorprende, en primer término, la versatilidad de su quehacer, el amplio espectro de sus intereses. La historia, la filosofía, las letras, la antropología son disciplinas por él estudiadas en el aula. Las supo canalizar tempranamente al aplicarlas al conocimiento y difusión del país, a la necesidad de conservarlo fuerte en sus valores inquebrantables. Sus *Nueve ensayos sobre Jalisco*, fruto de su experiencia como servidor público, son algo más que meros informes o conjuntos de datos. Publicado en 1964 por las ediciones Tlacuilo, de Guadalajara, en el libro pueden apreciarse las virtudes que el polígrafo inspirado y el hombre práctico manifestarían en su obra futura: la precisión en el uso del lenguaje, la economía de medios, la correspondencia entre imaginación y realidad. Entre muchos de sus logros, a José Rogelio Álvarez correspondió incorporar el litoral jalisciense a la economía del estado y a la vida cotidiana de los mexicanos. Si al doctor Enrique Cárdenas de la Peña puede aplicarse el título de historiador del mar, José Rogelio Álvarez es el jinete de nuestro pacífico noroccidental, su segundo descubridor, su buen enamorado.

Llevar a cabo el proceso en que el lenguaje deviene herramienta de transformación puede tener lugar de distintas formas, y así se comprueba en los trabajos y los días de la Academia Mexicana de la Lengua: mediante la milagrosa arquitectura de un poema, la objetiva defensa de una causa legal, la investigación en torno al linaje de un vocablo, el descubrimiento de una nueva estrella. José Rogelio Álvarez ingresó en esta Academia, para ocupar la silla XXVIII, el 20 de febrero de 1992. Su discurso, de impecable arquitectura y generosa erudición, es un homenaje al noble y vasto proyecto titulado *Diccionario universal de historia y geografía*, de Manuel Orozco y Berra, aparecido entre los años 1853 y 1856, cuando el país era disputado por propios y ajenos, y nada sino la ruina parecía vislumbrarse en el horizonte. Territorio

mutilado, caos y anarquía política, pobreza en el erario y en los valores morales, predominio de los fueros eclesiástico y militar. En medio de semejante panorama, Orozco y Berra y un grupo de guerreros de la pluma se dedicaron a preservar la memoria de México y el mundo, de México en el mundo.

José Rogelio Álvarez hizo de tal modo un acto de justicia a la inteligencia y sensibilidad de mediados del siglo XIX, en que el país estaba a punto de lograr su mayoría de edad. Fiel al sentido de preservación de la memoria, a partir de los años sesenta de otro siglo, José Rogelio dio inicio a otro proyecto igualmente noble como ambicioso: hacer una *Enciclopedia de México*. Los años más productivos, esos en los cuales se solidifica el proyecto personal de la escritura exigente y egoísta, fueron consagrados por José Rogelio para encabezar un proyecto altruista y colectivo que todos agradecemos y seguirá brillando con el paso de los años. Varias generaciones nos nutrimos en ella y otras seguirán conociendo entre sus páginas la grandeza inextinguible de México, que no sabe de partidismos ni de gesticuladores pasajeros.

El título *Enciclopedia de México*, breve y contundente, modesto y ambicioso, es una declaración de principios de la persona y la obra de José Rogelio Álvarez. Cada generación debe traducir para sí, afirmaba T. S. Eliot. Lo mismo sucede con las enciclopedias. El gran proyecto encabezado en Francia por Diderot constituyó no sólo la sistematización del conocimiento ilustrado, sino el inicio de una nueva era en la historia de la humanidad. En la introducción a la magna obra mexicana, José Rogelio Álvarez escribe que una *enciclopedia* es “un diagnóstico contemporáneo de los valores materiales y espirituales de la nación”. Fiel a tal premisa, la suya no se erige como definitiva, sino como un alto en el camino que permite mirar hacia el pasado y vislumbrar el porvenir. Antes y después de la enciclopedia por él concebida, ha habido y seguirá habiendo proyectos que incorporen nuevos datos o formas de interpretación. ¿Qué es lo que distingue el trabajo de nuestro ilustre colega? En 1921 Ramón López Velarde escribió “La Suave Patria”,

consciente de que hacer un moderno poema épico reclamaba valerse de “la gutural modulación del bajo” e introducir no sólo los grandes hechos, sino también las enormes minucias. De tal manera, en sus versos pasan lista de presente la vendedora de chía, los fuegos de artificio, el aroma del pan y del estreno, la sensualidad de las frutas en conserva, el filo de las botellas alambradas. Con idéntico espíritu, José Rogelio encontró que una *Enciclopedia de México* debía rehuir, en primer lugar, la historia broncínea, y en segundo, incorporar en ella cuanto hace único al país: sus vientos y sus mares, sus bosques y sus fortalezas, sus moscas y sus jacarandas, María Félix y el *Ptípila*. Para comprender la importancia de esos que también son mexicanos, pensemos en que 10 páginas de la *Enciclopedia* están dedicadas a dos familias de parásitos hematófagos.

Cuando se enumeran las múltiples tareas y condiciones de José Rogelio Álvarez, destaca, entre ellas, la de empresario. Nuestra desconfiada república letrada, “vestida de percal y de abalorio”, es enemiga instintiva del escritor que sirve al Estado o del que se dedica a labores empresariales. El citado Agustín Yáñez y Jaime Torres Bodet sufrieron durante mucho tiempo la ignorancia y el desdén de sus pares debido a sus encumbradas posiciones políticas. Lo mismo ocurre con quienes se atreven a hacerse de los medios económicos para encontrar el Sancho que mantenga su Quijote y les permita realizar sus altruistas y desinteresadas hazañas. A esta naturaleza de empresarios, de capitanes de grandes y generosos proyectos, pertenece José Rogelio Álvarez. No conforme con dar a la luz en 1977 los 12 volúmenes de la primera edición de la *Enciclopedia*, los comercializó a través de una cadena de tiendas para reducir su costo y de tal modo pudieran llegar a un número mayor de lectores. No recuerdo si los primeros en llegar a nuestra casa fueron los volúmenes encuadernados en negro o aquéllos que, vestidos de estriidente rosa mexicano, llenaban el librero con su serpiente ondulante. Lo que no puedo ni quiero olvidar es que quien los puso en mis manos fue mi maestro Martín Quirarte, antiguo compañero de banca de José Rogelio en la escuela de Mascarones.

En el citado discurso de ingreso a la Academia, José Rogelio confiesa que, desde su punto de vista, su entrada obedecía fundamentalmente a haber sido el alma de la *Enciclopedia*, tarea en la que había procurado cuidar “con esmero la claridad, la sencillez y la pulcritud de los textos propios y los ajenos”, así como “la exacta significación de los vocablos y el sentido de los conceptos”. Sencilla suena la tarea. Difícil, consumarla con la humildad y el orgullo con los cuales José Rogelio ha construido, ladrillo a ladrillo, sus obras perdurables.

En 1999, Eugenio Aguirre coordinaba una colección para el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE). Su objetivo era publicar volúmenes de bajo costo, con tipografía e interlínea amables, dirigidos fundamentalmente a los pensionados del instituto. Además de tal hazaña, logró la no menos ardua de obtener un original de José Rogelio Álvarez para incluirlo en la colección. Bajo el título *Relatos testimoniales*, el autor rompió el habitual pudor de su escritura para hablar en primera persona. Aun cuando se trata de recuerdos de su infancia y juventud, lo más admirable es la manera en que logra incorporar nuevamente a su vida el paisaje, la gente, el aroma y el color de su estado. Con precisa elegancia y gran poder evocativo, va dando cuenta de la manera en que sus semejantes y la tierra van moldeando la personalidad de un individuo. Es una lástima que José Rogelio no haya dado a luz más textos de esa naturaleza. Si el estilo es el hombre, en nuestro amigo la sentencia de Buffon adquiere plena validez. Quienes hemos tenido el privilegio de escucharlo, admiramos su modulación cuidadosa del lenguaje, la sintaxis perfecta que en su inteligencia y cuidado se articula. Igualmente admirable es la experiencia acumulada y su facilidad para compartirla. Entre muchas de las anécdotas que nos ha referido, acaso mi predilecta sea aquélla cuando el Santo en persona tocó a su puerta para que le permitiera filmar en su casa de Churubusco —calle del Convento— las últimas escenas en las que el *Enmascarado de Plata* enfrenta a las mujeres vampiro.

La patria en que hemos nacido es un libro que entre todos escribimos. Al mismo tiempo, y como paradoja, es un libro en blanco que ofrece su permanente invitación al viaje. Con su devoción lúcida y exigente al México que lo vio nacer, José Rogelio Álvarez nos recuerda que sólo la inteligencia, la sensibilidad y la tolerancia son capaces de hacernos recuperar la fe en el país al cual no pueden vencer ni borrascas pasajeras ni fuerzas oscuras. Un día de 1854, mientras Orozco y Berra se afanaba en enderezar alguna página del *Diccionario universal*, las tropas de Antonio López de Santa Anna interceptaban un correo de los alzados en nombre del Plan de Avutla. Al contrario del estilo tradicionalmente tosco de tal especie de comunicados, sorprendía en éste la limpieza caligráfica y la elegancia del estilo. El autor de tal mensaje acaso haya sido el joven Ignacio Manuel Altamirano, secretario particular de Juan Álvarez. Una década más tarde, y tras haber combatido en la formación y permanencia del liberalismo y la Constitución, demostraría nuevamente que la pluma es más poderosa que la espada. De igual forma, José Rogelio Álvarez ha sido un infatigable hombre de acción que se ha valido de las palabras para defender y hacer más grande a su país.

En 1977 recibió el Premio Jalisco. Correspondió al gran Andrés Henestrosa pronunciar el discurso correspondiente a esa ocasión en que el estado reconocía a uno de sus hijos más esforzados, uno de los que con mayor autenticidad ha contribuido a hacerlo grande. Con su elocuencia y lucidez habituales, dijo entonces: “Es saludable a la República, y es un deber de los gobiernos, honrar a quienes con su doctrina, acción y sacrificio nos han dado la gloria y el orgullo de pertenecer a un pueblo, tener una historia y una tradición.” Desde mi perspectiva, esas breves y sabias palabras de Henestrosa sintetizan el trabajo al que ha dedicado José Rogelio Álvarez el núcleo de su fecunda existencia. Los héroes nos dan patria. Quienes se dedican a seguir sus pasos, prolongan tal heroísmo, lo hacen accesible a las nuevas generaciones. Para la dolorosa y prolongada formación de México, tan heroico y necesario es el fusilado en nombre de sus ideas como el que al soplar el vidrio y

ponerlo en contacto con el aire, logra una humilde y permanente obra de arte.

Leer las páginas de José Rogelio Álvarez, aprender de su inagotable conversación y de su experiencia, es una lección constante. Pero la mejor manera de homenajearlo es amar a México con la pasión y entrega que él no deja de enseñarnos. Vituperar al país es tarea fácil y pareciera convertirse en uno de los nuevos y cada día más constantes hábitos nacionales. Contribuir a defenderlo, a reconstruirlo y salvarlo por medio del amor y la paciencia, es la parte del héroe que nos toca. José Rogelio Álvarez ha encarnado esa rara cualidad como muy pocos mexicanos en los dos siglos que han tenido el privilegio de gozarlo.

UNA NOCHE DE TERTULIA DEL CONVENTO

Mónica del Villar

Es miércoles primero de mes, vamos Ángeles González Gamio y yo camino a la avenida del Convento 25, antes 55, en Churubusco. Había que ser puntuales a la cita de la tertulia, las siete de la noche en punto.

Llegábamos a la hora acordada y entrábamos a esa gran casona adquirida por su dueño, al parecer, en 1960. Caminábamos por un breve sendero que forma parte del extenso jardín, esquivando y disfrutando la hilera de árboles frutales: higuera, peral, naranjo y limonero. Luego, ya cobijadas por un techo de cristales, cruzábamos parte de un gran patio con ambiente de invernadero por la humedad, con algunas plantas, platos de talavera en las paredes y un jacuzzi central, con mosaicos y sin agua, que antes fuera alberca. Por fin llegábamos con ilusión a “la biblioteca” para ser recibidas gentilmente, como siempre, por nuestro muy especial anfitrión, don José Rogelio Álvarez. Desde el encuentro original que tuve con él, en el año 2006, me marcó memoria y corazón.

La biblioteca es una espaciosa habitación de elevados techos con doble altura y tapanco, está cubierta por muros hechos con cientos de libros, cuya presencia invitaba a estar y mostraba a la vez el ser y el quehacer del dueño; una biblioteca personal y de trabajo. En la parte central del sitio se encuentra una chimenea que compite por ganarle un pedazo de pared a los libros; a sus lados y encima de ella hay un mosaico ecléctico de diferentes objetos: piezas prehispánicas, un cuadro de la virgen de Guadalupe, un Cristo de caña, un bronce de Benito Juárez y otras piezas repartidas en el lugar, de posible interés histórico y artístico.

Con fuego o sin él, el calor de la chimenea recuperaba su finalidad: reunirnos a su alrededor para convivir y conversar, intercambiar ideas y disfrutar la plática formativa y sabia del anfitrión, así como la de los otros tertulianos, ilustres y apreciadas personas que cultivan y enriquecen al ser humano. Todos son de formación y práctica humanistas.

Mi primera impresión de don José Rogelio fue la de fina estampa de un caballero, como dice la popular canción de Chabuca Granda. Es más, si me hubieran preguntado por persona alguna para representar en algún foro el papel del Quijote, en varios sentidos, no dudaría en haberlo propuesto. Vale.

Don José Rogelio era una persona elegante y muy cuidadosa en su aspecto físico. Hombre de porte delgado pero “correoso”, producto de un ejercicio constante y temprano; siempre bien ataviado con su corbata de moño, de las que se hacen a diario o, en su defecto, con un gagné. Tenía abundante cabello y bigote blancos, impecables. Todo él transmitía la confianza de la decencia y la pulcritud que llegaba sin problema a los ámbitos de la ética. Su forma de fumar, de comer y de beber, mostraban modales delicados y medidos. Al hablar, lo mismo: era fino, prudente y con sentido del humor. Dominaba desde los dimes y diretes hasta otros temas diversos que dejaban ver su vasta cultura. Nunca prevaecía un monólogo, siempre escuchaba con respeto. Su privilegiada memoria y su generosidad para convidar lo aprendido, nos transmitían un mundo universal de enseñanzas vividas y saboreadas.

Trabajos importantes en esferas públicas y privadas mostraron su vocación de constructor y desarrollador del país. Parte de ello nos explica sus diferentes logros y aciertos, desde la planeación para el impulso turístico de las costas de Jalisco hasta lograr la publicación de la monumental y didáctica obra legada al país, la *Enciclopedia de México*, de consulta obligada por varias generaciones.

En la noche de tertulia iniciada en la biblioteca, con uno o más aperitivos de por medio, de siete a nueve se conversaba y compartían asuntos relevantes para la cultura, el país y el mundo en general. Además,

siempre había motivo para festejar a uno o más de los tertulianos por sus premios u obras producidas. Don José Rogelio se ponía muy orgulloso de coleccionar y mostrar el lugar especial donde exhibía las obras producidas por el grupo.

En verdad era un privilegio compartir los sucesos tertulianos de la casa del Convento. Disfruté mucho ser testigo y parte de lo ahí ocurrido así como poder convivir con un grupo tan especial y diverso de personas que se fue procurando a lo largo de varios años. Los 14 tertulianos asistentes son gente de trabajo y talento diversos, realmente reflejan la mayor riqueza que tiene nuestro país: su horizonte cultural. Académicos, escritores, arqueólogos, cronistas, periodistas, editores, juristas, pintores, historiadores, arquitectos, utopistas, entre otros quehaceres, se daban cita en la calle del Convento.

La noche continuaba y a las nueve en punto, con el tradicional recordatorio de Eduardo Matos, nos dirigíamos al comedor, cruzábamos por una sala llena de recuerdos y objetos recolectados durante toda una vida, digna muestra de Jalisco, estado natal de don José Rogelio. Las vitrinas nos exhibían figuras de chicle, la virgen de Talpa y otras artesanías delicadamente seleccionadas. El óleo de doña Elena, su esposa, nos recibía en la pared para hacernos pasar al deslumbrante comedor que turnaba vajillas (poblana, caracolillo y alemana) con el complemento de cristalerías de gran color y factura fina. Todo dispuesto sin mayor pretensión y con buen gusto. Nos rodeaban imágenes sacras y otras pinturas, desde el *Quijote* de Raúl Anguiano hasta una figura femenina del *Dr. Atl*.

Pasábamos a tomar asiento. Había algunos lugares fijos. Al señor de la casa no le gustaba colocarse en las cabeceras, sino en la parte de en medio de la mesa. Frente a él, Ángeles, reina y fundadora de la tertulia gracias a su convocatoria originada en el Consejo de la Crónica de la Ciudad de México cuando era dirigido por ella. Flanqueada a su izquierda por Eduardo Matos (el otro cofundador) y por Gonzalo Celorio a su derecha. Por lo general, si no me lo robaban, yo tenía el

privilegio de sentarme a su izquierda y a su derecha otra de las damas: Silvia Molina o Carmen Parra. Hernán Lara a mi izquierda y los otros lugares se turnaban entre: Eugenio Aguirre, Sergio García Ramírez, Felipe Garrido, Hugo Gutiérrez Vega, Vicente Quirarte, Sergio Zaldívar y, eventualmente, José María Muriá por vivir en Guadalajara. En las reuniones pesaba en número la presencia de los nacidos en Jalisco, prolífero estado de talentos, pero sin jactancia o abuso.

Llegaba el momento de disfrutar las viandas que preparaba Margarita Ramírez, no hay pierde y tampoco mayor presunción, pero sí gusto y muy buen sazón. La querida Margarita era las manos derecha e izquierda de don José Rogelio. Era parte de su vida cotidiana. Era la esencia que permitía concretar a don José Rogelio el recibirnos en su casa. De acuerdo con la época del año, ella nos cocinaba el platillo pertinente, con el visto bueno y la bondad del anfitrión. Así paladeábamos, entre otros, los tamales y el atole en febrero; para marzo las empanaditas de frijol con queso, papa con chorizo, picadillo, pollo y fresa; los chiles en nogada en agosto; pozole y tostada de pata en septiembre; en noviembre, además de la sopa de huitlacoche, mole negro y el zapote prieto con jugo de naranja, había pan de muerto con calaveritas, y tantas otras recetas con la pertinencia del año. No cabe duda de que era una tertulia de “sustentos” de toda índole, materiales y anímicos.

Las conversaciones fluían con civilidad y posibles exaltos, pero prevalecía la armonía. El tiempo se iba rápido y a las once en punto Eduardo nos alertaba de que se terminaba la tertulia. Pese a la disciplina de los horarios marcados: 7-9-11 horas, nunca se sentía rigidez ni almidón, todo encontraba su lugar a la hora indicada fluyendo y corriendo el tiempo con gran naturalidad y disfrute.

El anfitrión entonces tomaba una lámpara de mano para acompañarnos por el sendero nocturno que ahora nos despedía. Se ponía unos guantes de piel para abrir y cerrar personalmente su gran portón y dejar salir los autos que habían entrado en su casa. Luego con él, salía-

mos a la calle los que teníamos los autos fuera, y bajo un farol seguían algunos comentarios. Hasta en las despedidas se apreciaba su ánimo de compartir y dar, además de ser siempre galante con las damas, en especial con las mujeres bonitas como con nuestra querida fundadora, Ángeles. Aquella noche, 10 de febrero de 2010, presencié, con compli-
cidad, una “flor” que le dirigió a manera de adiós: “A usted que se le alza el anca y a mí que me aprieta el cincho, habiendo tanta potranca nomás por usted relincho.”

Otra noche, un año después, el 2 de marzo, era día de tertulia que ya no alcanzó a celebrarse, se había cerrado el portón del Convento, pero ya sin la lámpara de mano y los guantes... Estaba muy oscuro, no había luz de luna ni de farol, ya no lo vimos más.

Todos compartimos una sensación de orfandad y gran pesar por la pérdida de este hombre excepcional. Procuramos conservar las tertulias, en otras calles y casas, parte en su memoria y parte por la nuestra. Me quedan profundos recuerdos, enseñanzas y también aromas gracias a la planta “huele de noche” que me obsequió el protagonista de estas líneas de su hermoso jardín y que sigue tan viva como otros nutrientes que nos heredó.

Descanse en paz don José Rogelio Álvarez, ya nos veremos de nuevo.

14 de agosto de 2011

EL AMIGO

Sergio Zaldívar Guerra

Me incorporé a la Tertulia del Convento hacia los primeros meses de 2010, a invitación del propio José Rogelio Álvarez. Soy el más reciente de sus miembros. Esto es paradójico porque seguramente soy el tertuliano que de más atrás lo conocía, las vicisitudes de mi trabajo me privaron de su cercanía, que no de su amistad. La ciudad suele ser excusa pero debo reconocer que mis descuidos me alejaron de tan querido amigo. Lloramos su pérdida y la recriminación, por dejar pasar, será un triste acento en mis recuerdos.

Lo conocí a finales de 1959. Recién recibido, todavía tierno —dijo alguno— me invitaron a formar parte del claustro de profesores de la Escuela de Arquitectura de la UAG, nombramiento que obedeció más a la irresponsabilidad de aquella institución que a mis méritos académicos, todavía hoy bastante exiguos. Yo desconocía la historia de la UAG —“Los Tecos”— y acepté, ante el desconcierto de mi padre y la recriminación de mi primo Emilio Krieger. Pronto me percaté de los terrenos que pisaba y reaccioné exponiendo en clase mis ideas, que resultaban contrarias al claustro. Invité a personalidades contestatarias a impartir conferencias, entre las que recuerdo la del escultor Federico Canessi sobre la pintura de la Revolución, que causó revuelo en aquel auditorio tenido por impoluto; la exaltación de Rivera, Siqueiros y Orozco en palabras de Canessi, ricas en anécdotas coloridas y expresiones altisonantes, irritó al rector Garibay, quien me advirtió que terminado el ciclo sería cesado: “No antes, porque no hay sustitutos”. Una beca

del gobierno italiano me permitió una salida elegante porque la noticia fue difundida por José Rogelio promoviéndome como autor de la colección “Jalisco en el arte”.

Federico y Zita Canessi —amigos de él muy apreciados— me acercaron a José Rogelio por el tiempo en que iniciaba su empresa Planeación y Promoción, S.A. Fue nuestro amigo quien me llenó de ánimo durante mis primeros años de académico, no solamente me invitó a escribir un volumen de aquella colección, sino que prácticamente me enseñó a tomar el lápiz para aprender a escribir y, si bien no resulté buen alumno y todavía desparramo adjetivos en exceso, no he olvidado las lecciones recibidas durante aquel trabajo: disciplina, sencillez, rigor, hasta formar el “domi” y cortar las galeras para encuadrar fotos. Entonces no había computadoras y “los tipos de imprenta —decía— son de plomo y no se pueden comprimir”; no terminar un párrafo en primer renglón ni empezarlo en el último. Lo simple fue lo mejor.

En aquellos años sesenta, los viajes en avión de México a Guadalajara no eran frecuentes, la gente prefería hacer el trayecto en el cómodo ferrocarril, que salía aproximadamente a las siete o siete y media de la noche y era ocasión de encuentro con amigos o propiciatorio de nuevas amistades. Guadalajara tenía una población de poco más de 600 mil habitantes y el tren constituía su nervio vital. Al atardecer del domingo, era costumbre que los tapatíos se dirigieran a la carretera a Chapala para verlo pasar, “con sus ventanitas iluminadas”. El salón comedor y el salón fumador estaban pletóricos hasta altas horas de la noche. En algunas ocasiones, el último vagón también ofrecía albergue en la plataforma de cola, hasta que llegó un momento en que se agregó un “salón mirador”; de noche no había nada que mirar pero en él se improvisaban tertulias inolvidables. De las muchas ocasiones en que viajé en compañía de José Rogelio, Julio de la Peña, Salvador de Alba y Alberto Arouesty, recuerdo aquélla en que comentamos que el arquitecto Federico González Gortázar —hermano de mi muy querido amigo Fernando— estaba demoliendo una casa del siglo XVIII, con-

traesquina del teatro Degollado y enfrente del templo de San Agustín, con el propósito de levantar un edificio de cuatro o cinco pisos.

Durante nuestro regreso a Guadalajara, José Rogelio estableció contacto con el director de *El Informador* y me convocó a la entrevista. Como resultado de esa reunión se vio bien que yo escribiera una carta de indignación y protesta por el atentado, que tuvo resonancia en toda la Perla Tapatía; Federico contestó, exponiendo las razones del caso que, obviamente, dieron lugar a que con mayor énfasis se le recriminara. José Rogelio estaba atento a que la polémica no decayera. Llegó el momento en que Federico fue conminado por la sociedad tapatía a ponderar su proyecto, que redujo a dos niveles y conservó, afortunadamente, la esquina de edificio dieciochesco, que era un punto tradicional en la perspectiva urbana y que puede todavía contemplarse.

En esa circunstancia pude conocer al joven tapatío, al desarrollador de la costa y los pueblos de tierra adentro, al estudioso de historia, al tratadista de erudición copiosa, al hombre de memoria asombrosa, al portador del estandarte, al hombre de bien, bueno de toda bondad, mexicano cabal que en cada encuentro me daría lecciones inolvidables sobre la arquitectura y la Ciudad de México, mi ciudad, que le era conocida en todas sus piedras y monumentos, a los que había “interrogado pertinazmente —como aconsejó Alfonso Reyes— para buscar el pulso de la patria y descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra”. Así la vivió José Rogelio, desde su infancia en las calles de Guatemala 76 hasta sus últimos años en la casa del Convento 25 (antes 55).

Durante una entrevista que le fue hecha por *Excélsior* en 1994, José Rogelio afirmó que mi trabajo en la Catedral y en Palacio encontraba su primer impulso en las tareas realizadas recorriendo los caminos de Jalisco para dar a conocer las capillas del barroco popular de la Nueva Galicia. Ciertamente “... aquella encomienda, desempeñada en años mozos, tuvo como consecuencia que fuera designado como director de Monumentos del INAH”.

Una de mis primeras acciones en ese cargo fue nombrarlo miembro de la Junta de Monumentos, junto con don José Villagrán y Efraín Castro, entre otros. Por aquellos años, la restauración de Palacio Nacional, la reconstrucción del Salón del Congreso de 1857 y el descubrimiento de restos de la casa de Cortés impulsaron la publicación de una memoria de los trabajos, auspiciada por la Secretaría de Obras Públicas, que resultó un volumen en el que abundan los desaciertos impuestos por un director de aquella dependencia, a quien L. E. Bracamontes encargó la publicación; tan obvias eran las faltas ante el magisterio de nuestro amigo, que me pidió desligarlo de cualquier asunto vinculado con esa edición, pues tales caprichos y prepotencia eran una ofensa que no toleró. No pude sino lamentarlo, porque no correspondía al INAH la publicación, pero en breve solicité al doctor Alejandro Gertz —entonces director Jurídico— que reclamara la competencia del instituto ante la Secretaría de Gobernación, lo que obligó a la Secretaría de Obras Públicas a respetar las disposiciones de la Ley Federal sobre Monumentos, que otorga al INAH la autoridad en la materia. El INAH se fortaleció, con beneplácito de José Rogelio.

En aquel tiempo nos veíamos con frecuencia. Tengo presente que, al llegar a su casa, la entonces indispensable “Doña Trini” alguna vez me condujo hasta la cancha de tenis, donde José Rogelio jugaba con su hijo mayor, y otras veces lo encontré leyendo en la biblioteca o a la orilla de la alberca —donde hoy es el patio de la fuente— siempre cordial y elocuente. Eran los meses previos a la aparición de la *Enciclopedia de México*.

La Tertulia del Convento —que publica estos textos en su memoria— tiene antecedentes: José Rogelio tuvo el especial talento de cultivar la amistad, intercambiar conocimiento, conversar; era un ser bondadoso, sabio, ilustre y sociable, de tal suerte que en los años ochenta había impulsado ya otra tertulia, que acaso tampoco haya sido la primera y que en torno a él conformábamos Javier Caraveo, Enrique Dau, José Rogelio hijo, Héctor Manuel Romero, Sergio Zaldívar y

algún otro que no tengo ahora en la cabeza, pero no perduró, quizás por la dispersión de sus miembros (Enrique Dau emigró a Guadalajara, Caraveo al norte del país y Héctor Manuel Romero falleció).

Entre las muestras de amistad que me brindó, recuerdo que cuando Manuel Camacho desmontó la fuente que realicé en Paseo de la Reforma, con artimañas de político organizó manifestaciones de féminas artistas que demandaban restitución de la Diana, “imagen de la mujer mexicana” —decían las pancartas— que, por cierto, nunca estuvo en Reforma y Misisipi/Sevilla. En aquella fuente de prismas de agua, sólo el líquido asumía la responsabilidad del lenguaje plástico y su razón fue restituir el ritmo de los elementos del Paseo, evitando polémicas de autor y de forma, pues aquella glorieta había estado adornada sólo con viejas yucas. Celebrada mientras funcionó, el costo de bombas y electricidad fue problema creciente, a extremo tal que su operación fue cancelada; duró 13 meses sin agua y se le sometió a tristes campañas de degradación: “regaderas secas” y se llegó a decir que los prismas representaban “a las cinco mujeres de López Portillo: esposa, hijas y hermanas”. José Rogelio la defendió en breve comentario publicado en *Excelsior*, analizando con agudeza los curiosos afectos de la población por la mediana escultura de la Diana.

En las últimas décadas acompañé a José Rogelio en alguno de sus cumpleaños y con cierta regularidad le informé sobre la marcha de los trabajos en la Catedral, ocasiones en las que, generoso, me animaba y brindaba apoyo al escucharme... Un cierto paternalismo se desprendía de su actitud.

Por desgracia fue en septiembre de 2009 cuando volví a saludar a José Rogelio, en ocasión del fallecimiento de su hijo homónimo. Dueño de un merecido aprecio profesional, el arquitecto Álvarez Noguera sufrió un paro cardíaco durante un viaje por el estado de Chihuahua. Ya temprano poseedor de una rica obra bibliográfica y depositario del particular afecto y discreto orgullo de su padre, José Rogelio hijo era heredero de las cualidades de aquél como escritor, estudioso del arte y

la cultura. Todos comprendemos el dolor que un hecho tal oprime a los allegados. Conocedor de esta circunstancia, al saber la noticia acudí conmovido a dar un abrazo al amigo y maestro entrañable, sin saber de palabras oportunas que existan para el caso. Encontré a José Rogelio dolido y lastimado pero enhiesto y gentil en la ceremonia luctuosa. Ocasión en la que la palabra no es fácil, fue él quien condujo la conversación sobre recuerdos de los años atrás compartidos. Como si se develara de pronto la vieja amistad, me permití proponerle, a manera de alivio, que hiciéramos un viaje visitando pueblos y monumentos, sin prisa y sin apuro, especialmente hacia las tierras de Jalisco y su costa, plena de remembranzas de cuando nos conocimos medio siglo atrás.

A invitación del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, hacia mediados de noviembre dictó una conferencia en la Unidad de Seminarios, a la que asistí para abreviar de su exposición sobre “Los valores de la Revolución Mexicana”; el acuerdo de Washington y los logros de aquella gesta se deslizaron con la riqueza didáctica y de lenguaje que siempre lo distinguió. Al término, vino de honor en mano, me recomendó que afinara el itinerario del viaje propuesto, estaba en lo dicho y haríamos el camino. Animado por la idea, poco después me llamó para que formalizáramos el plan, él iría por delante porque estaba invitado a participar en una reunión académica organizada por la Universidad de Guadalajara en Tepatitlán, su sede en Los Altos.

Lo alcancé en Tepatitlán, teatro de una de sus grandes tareas: los estudios para el desarrollo de esa región, pobre de tierras pero rica en empeños de su población. Muy temprano, dorando el sol los edificios, lo encontré paseando y saboreando buenos recuerdos, contento y efusivo, la conversación fluyó con los mejores tintes mientras nos dirigiáramos a una farmacia, antes de encaminarnos a desayunar en la plaza. Hacía elogio de la civilidad y virtudes de los alteños, para quienes guardaba el gran afecto gestado medio siglo antes, a poco de dejar su desempeño en el gobierno.

Carmen Anaya y Rafael Guzmán, investigadores de la UdeG —quienes ya estudiaban los archivos de nuestro amigo—, eran los encargados de llevarlo a las instalaciones donde se le aguardaba. Ambos propugnaban por que se le otorgara el doctorado *Honoris Causa*. Dos días duró el seminario, en el que José Rogelio era el centro de toda conversación y actividades departiendo con plena entereza, de magnífico talante y sin muestra alguna de cansancio; atildado y erguido, señoreaba y observaba el *campus* universitario, recreando su mente en las instalaciones cuyos orígenes le recordaban los empeños de ayer.

Visitamos El santuario de los Mártires “San Toribio Romeo”, ahí cercano, obra del arquitecto fray Gabriel Chávez de la Mora, sobrino de Enrique de la Mora y Palomar, cuya mención avivó afectos y anécdotas llenos de gracia, propios de la simpatía de quien fuera su querido amigo, el *Pelón de la Mora*. A los elogios que hiciera de la arquitectura, aunó el recelo e interrogantes que provoca el movimiento religioso.

Continuamos camino a “Jalos”, Jalostotitlán, donde el grupo —deseosos de escucharlo, se habían unido maestros y alumnos— animado por la conversación y las enseñanzas que José Rogelio nos brindaba paso a paso, se detuvo en la iglesia del pueblo; una vez ahí, el maestro ponderó el lujo insospechado de su interior ornamentado con bancas, púlpito, altar, cancelos y puertas taraceados; su entusiasmo era tal que nos llevó a buscar los talleres de artesanos de la especialidad, con quienes entabló plática sobre el trabajo, las maderas, sus herramientas, la gubia, el formón, los cortes, las preparaciones, diseño e inventiva y más y mejores razones para que disfrutáramos, admiráramos y felicitáramos a aquellos que aún practican este arte. Quienes conocieron a José Rogelio podrán imaginar el contento que le produjo el testimonio de un ejemplo todavía vivo del arte popular de aquellos que tanto se empeñó en divulgar, en su inagotable tarea de enaltecer nuestros valores de identidad. Muebles taraceados, también llamados de “marquetería”,

como los que con fortuna —nos contó— habían conseguido él y doña Elena para su recámara matrimonial.

Dejamos Los Altos rumbo a la costa. José Rogelio no quiso detenerse en Guadalajara, lo que me extrañó, ¿el poco tiempo o los muchos recuerdos? A la orilla del camino, Santa Cruz de las Flores, la recordó como “La más bella capilla de hospital...” y, con ello, la plática derivó al “barroco popular”; Cajititlán, los ejemplos de San Juan Evangelista y San Lucas, capillas también cercanas; los angelitos con ojos de obsidiana y portando flores labradas que le recordaban los mensajeros del paraíso de Tláloc copiados por Agustín Villagra. Templos y capillas que 52 años antes me conminó a estudiar, fotografiar, medir y dibujar, para divulgarlos en la que sería mi primera publicación: un volumen de su colección “Jalisco en el arte”, breve y compendiosa, una de sus obras entrañables. No las visitamos: “Las veremos al regreso”. Ya nunca más las vería ni navegaría por el pequeño lago en los cayucos de troncos.

Seguimos por Ameca atravesando los extensos campos sembrados de caña de azúcar; a lo lejos, la cumbre del volcán de Tequila y más adelante el Ceboruco, la bajada a Talpa; sus estudios sobre el “chilte” y otra vez “Jalisco en el Arte”.

Todavía estábamos lejos de Vallarta pero los recuerdos de aquella etapa de su vida en la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco afloraban continuamente: sitios y pasajes, La Gloria, La Huerta, El Tuito, Villa Purificación; los caciques, la estrategia para quitarles poder; “La casa de fieras”; Rodolfo Paz Vizcaino, el “Amarillo” en los relatos de Agustín Yáñez, que narra las situaciones que vivió José Rogelio en esos años: el “promotor” en su “tierra pródiga”; recordó la construcción de un camino por un solitario operador del “tractor D8”, cuyo combustible era alimentado por la gente del pueblo, que en burros y mulas transportaban gasolina; un cura que desvió los fondos destinados a construir la torre de El Tuito para mejor abrir la brecha propuesta; un cacique que espetó: “Para hacer el camino pongo

100 pesos, para que no se haga pongo 100 mil” y después decide, reconvencido por José Rogelio, construir por su cuenta las escuelas de Vallarta; aquel productor de copra que besa el riego de asfalto por el que podrá exportar sus aceites. “Le propuse a don Agustín que tratáramos el desarrollo de Vallarta como una isla, en tanto hubiera dinero para las carreteras.” Convenció al coronel Chapa —entonces gerente de Mexicana— de que estableciera un vuelo directo a Vallarta, una vez que la compañía hubo satisfecho sus rutas troncales, y el primer avión bajó entre animales, vacas y toros a los que se debía espantar.

Un rosario de anécdotas que configuran la hazaña del “promotor”, nuestro amigo... “Promotor” al que tanto deben Jalisco y México entero, que —otra anécdota— dignamente declinó ser candidato a la gubernatura de su estado cuando le fue propuesta. Conciliador, el sucesor de don Agustín Yáñez lo invita a formar parte de su gabinete: “En lo que usted quiera... La retribución económica que considere adecuada... Todas las puertas abiertas.” José Rogelio respondió: “Señor, usted no necesita colaboradores, necesita cómplices.”

Le mueve a risa recordar la visita de Nixon a Vallarta, los festejos programan un desfile de burros: “*Mexican donkeys*”; Nixon, “republicano”, comenta: “*Me habría gustado más ver elefantes*”

Detenidos en Mascota, descubre que todavía venden dulces como los que su señora madre, doña Mercedes Encarnación, le daba de chiquillo. Les llaman “huesitos” y son azucarados, moldeados en huesos de durazno, una delicia que compartimos.

Ya al atardecer se inicia el descenso a Vallarta, mientras prosigue la conversación; los nombres de cumbres o brechas que cruzaba para ir a caseríos o campamentos y el recuerdo de obreros que compartieron sus desvelos y alegrías.

No nos detenemos en San Sebastián, a pesar de que él percibe ecos cercanos, nos pide que sigamos, “ya habrá tiempo”, la tarde pardea y prefiere llegar a Vallarta. Todavía con luz, alcanza a contemplar el puente nuevo sobre el río de Mascota, que permite —más que el

nuevo camino asfaltado— reducir considerablemente el trayecto entre el terruño materno y Vallarta. Recuerda, con ello, los días en que bajar de la montaña a la costa tomaba hasta dos jornadas a lomo de mula.

Fue un gusto para mí que se hospedara en mi pequeño departamento del puerto. Durante su estancia tuvo conversación con algunos vecinos, que lo festejaron, a todos dejó atónitos con su sapiencia y anecdótico. Fue desusado y grato compartir con él tareas simples como sacar y lavar trastes, tender camas y poner el sitio a punto; tomar un refrigerio o un trago de “raicilla” y sentarnos a contemplar el mar, los celajes ya nocturnos o el romper de las olas. Describir esta experiencia en su compañía “excede mi capacidad, que es exigua”.* Sólo atino a decir que su plática fluye continua, grata y clara como un arroyo.

De mañana, los paseos por el malecón y la playa fueron más largos de lo prudente y llegué a pensar que no le vendría bien tanto ejercicio, pero a él le entusiasmó la idea de ir hasta el mercado popular para abastecernos de camarones, pescado, callo de hacha, verduras y frutas. Limpiar pescados y crustáceos, cocinar y preparar las viandas le divirtió enormemente, no era muy hábil en estos menesteres pero fue un lujo tenerlo como “pinche”; debo poner una placa en mi cocineta recordando que lo desempeñó con alegría, utensilios en ristre, delantal al pecho y —desde luego— sin corbata. “Nada comparable —dijo él, que era refinado en bien comer— al gusto de saborear el maridaje de un vinillo fresco con estos frutos del mar.” Mar que él descubrió para todos nosotros.

—Rogelio, ¿cuánto hace que no venías a éstos, tus lares? —No me contestó. Después comprendí su larga ausencia: Vallarta triplicó su población entre 1960 y 1970 y ésta se decuplica entre 1970 y 2010.

Tiempo de pasear en auto por las montañas de la bahía y los nuevos “desarrollos”; quiso ver algunos edificios de departamentos que

* Sabiamente y con elegancia propia de letrados, Sergio García Ramírez y Gonzalo Celorio dan aquí cuenta de su bien decir y mejor enseñar.

señoreaban las alturas y, con desasosiego, contempló la nueva ciudad, ya desconocida. Ahí había estado el viejo poblado de calles empinadas y techos de teja donde se pescaba tiburón, cuyo aceite de hígado demandaba el ejército americano durante la guerra; ahí se producían toneladas de plátano, que se exportaban... Hoy Vallarta no produce nada, acoge obreros de la construcción y servidores del turismo que precariamente ocupan tierras y laderas... Terrible contraste con el lujo desmedido. “¿Dónde están los pescadores?”, preguntó. Ya no hay, ni hay flota de pesca ni hay quién se interese, de las 60 mil toneladas de mariscos que consume al año, Vallarta importa más de 50 mil.

Casi con estupor, desde un balcón en el que empezaba a considerar la idea de poder vivir ahí, contemplaba el crecimiento maltusiano de la mancha urbana en que estacionamientos, edificios, avenidas y áreas dominadas por especies exóticas —sobrevive alguna parota gigantesca como testigo y reliquia de una diversidad otrora magnífica—. “La verdad —me dijo— siempre tuve la idea de que la costa se integrara y creciera con base en sus recursos enormes, pero no pensé que se desbarrancara así.” Sin embargo, acariciaba la idea de instalarse de algún modo en esos departamentos de vista, a pesar de todo, privilegiada. “¿Sabes, Sergio, que Conaculta me hizo una oferta por mi biblioteca?, quiere comprarla con todo y casa para instalar ahí... ¿No estaría bien que me viniera para acá?”

Doña Ofelia, su última compañera, llegaría al día siguiente. Fuimos a recibirla al aeropuerto y, una vez más, José Rogelio hizo honor a su bien ganada fama de caballero galante y seductor. Me alegré de tenerlos en casa. Regresé a México abrigando la idea de que la pasaran sin problemas y, al despedirme, recordé aquellos viajes en ferrocarril de los que ya hablé y cómo, cuando llegábamos a la ciudad, con esa misma actitud de caballero galante y seductor, José Rogelio descendía del pullman para ser recibido por alguna bella dama. Genio y figura hasta la sepultura.

El 18 de diciembre de ese 2009 me invitó a la reunión que acostumbraba ofrecer al término del año, en la que me reencontré con amigos y conocí a algunos tertulianos. La conversación versaba en torno a sus reuniones y, en la medida que se animaba, recibí la invitación a incorporarme a la Tertulia del Convento.

En abril de 2010 me propuso repetir el viaje a Vallarta, debía acudir a un homenaje que se le preparaba en la tierra de su madre, San Sebastián del Oeste. Se esperaba la compañía de la Tertulia en pleno. Esta vez saldríamos desde México por tierra.

Para que no maltrates tu coche. Viajaremos a Morelia, donde un querido amigo, Javier Dávila, que me brinda especiales atenciones, quiere que lo visite y promete ir con nosotros hasta Vallarta. Su hija, que es doctora en historia del arte, se graduó en Sevilla y es persona muy interesante, ella nos acompañará.

Partimos en autobús, hoy muy confortables. Margarita, su diligente y esforzada secretaria, preparó los pormenores para nuestra partida a Morelia. Temprano nos esperaba en la terminal de Observatorio, donde nos entregó los boletos reservados y me recomendó, al embarcarnos, le avisara de cualquier imprevisto.

En Morelia, don Javier Dávila nos atendió “a cuerpo de rey”, como suele decirse. Breves paseos por la coqueta ciudad fueron el preámbulo de la cena en que la numerosa familia Dávila, cinco o seis hijos —todos mayores— y sus cónyuges, lo recibieron en casa y me permitieron compartir el festejo. El escenario, los tertulianos lo tenemos por sabido: José Rogelio, centro de la reunión, más que nunca conversador, haciendo gala de su memoria prodigiosa, anécdotas y recuerdos, en este caso referidos primordialmente a los años en que estuvo a cargo del complejo de Ciudad Sahagún, donde conoció a don Javier. Apenas probó las viandas exquisitas, quedaban íntegras en su plato porque no interrumpía su discurso, que admiraba y regocijaba

a la concurrida mesa. Al día siguiente, a punto de partir a Guadalajara con los Dávila —padre e hija— me confió, preocupado, tener trastornos en su “biorritmo”; lo tranquilicé: “Rogelio, no te preocupes, lo que sucede es que, en aras de tu plática, no has probado alimento en dos días...” Y emprendimos el camino.

A propuesta de nuestro guía, nos detuvimos en la desviación a La Barca, donde un caldo mixe, en el que nadaba succulento bagre, le restituyó el vigor para reanudar la docta conversación, haciéndonos grato el camino hasta que ya tarde llegamos a Vallarta. En cuanto divisamos el mar, a su instancia se acometieron los intentos telefónicos para establecer contacto con Ángeles González Gamio, pues estaba preocupado por el viaje de los tertulianos que nos acompañarían; Eduardo Matos no vendría porque, como buen arqueólogo, tenía “miedo” a las arañas, a los mosquitos y otros bichos... Lo rupestre extraña sábanas de satén.

Aquello era un alboroto y con algarabía de telefonemas nos instalamos él y yo en mi departamento, la misma algarabía continuó durante nuestra estancia, no me acuerdo si fueron tres o cuatro días, y no me acuerdo porqué no descansábamos. Primero fuimos al hotel Hola, al que estaban llegando Carmen Parra y Ángeles; poco después, José Ma. Muriá y Hernán Lara Zavala, a quien no conocía pero con quien pronto “conecté” y nos divertimos de lo lindo. Se unieron algunos funcionarios del municipio y saciamos nuestro apetito en El Barracuda, comedero muy grato en la playa de Camarones. José Rogelio rejuvenecía. Con las influencias de José María Muriá y la coquetería de Camen y Ángeles, la cena en La Leche fue un ágape sublimado.

Esa noche, cuando José Rogelio y yo volvimos a mi departamento, caí en cuenta de que había olvidado la llave; siendo sábado, ninguna persona de mantenimiento estaría al siguiente día y, además de ropa, tarjetas y otros implementos necesarios sin los cuales amanecer, la cuestión no se solucionaba yendo a un hotel. Había un metro escaso de separación entre ventanas de vestíbulo y cocina, ambas con

antepecho, así que decidí, y puse manos a la obra, abrir la de la cocina, que es de madera; por fortuna, los tornillos de la bisagra, flojos y oxidados, me permitieron desprenderla y en seguida, subiendo al repisón, logré introducirme de panza al departamento. Los tres pisos que enmarcaron mi hazaña fueron causa de que José Rogelio la aplaudiera en demasía y la propagara entre los amigos, adornada de infinitos grajeos y descripciones bufas de mi figura, lo que agregaba una nota más de diversión al paseo, que al día siguiente continuamos a San Sebastián.

San Sebastián del Oeste es un viejo y encantador pueblo, antaño minero, con clima privilegiado parecido al de Cuernavaca o Tepoztlán, que hasta hace menos de 20 años se mantuvo al margen del turismo porque estaba incomunicado por la vía terrestre. Sólo alguna avioneta intrépida, con viajeros de igual espíritu, lo unía a Vallarta. Pronto las cosas cambiarán, pues reúne lo mejor para el disfrute de un plácido descanso. Su caserío, viejos puentes, techos de teja y espléndida vegetación que presume pinos, “capomos” y cafetos, han sugerido ya que se agregue a la lista del patrimonio mundial —el maestro enciclopedista nos hacía saber que fue Melchor Ocampo quien clasificó científicamente al “capomo”, cuyo nombre es el anagrama de su apellido—. Para Hernán Lara Zavala seguirá siendo “ramón” —así conocido en la “Península”—.

En la escuela del lugar, que lleva el nombre de “José Rogelio Álvarez Encarnación”, se rendía el homenaje que, en su sencillez, fue en verdad emotivo; José Rogelio, acompañado de tertulianos y amigos, presidió la ceremonia y escuchó a los niños y maestros que le entregaban su reconocimiento. Él se dirigió a ellos en la que —creo— fue su última intervención en un acto público. Al término de la ceremonia tomamos fotografías del recorrido y de la casa de doña Mercedes, donde sus sobrinas nietas —parientes de nuestro amigo— que aún residen en el poblado, han creado un “museíto” en honor del considerado hijo predilecto del lugar. A Carmen, Ángeles y Hernán los metieron a la cárcel por alterar el orden, pero como no tenía candado nos fue fácil rescatarlos. Disfrutamos de un delicioso ágape en simpático restaurante,

donde el agua de lima y la raicilla —que, generoso, el amigo Jorge Dueñas escanció— alegraron el animado convivio.

Ahí reunidos, José Rogelio nos hizo saber su propósito de crear un premio anual para el mejor alumno de la escuela, el galardón llevaría el nombre de “Mercedes Encarnación de Álvarez”; pidió a los tertulianos que enriquecieran los reconocimientos con premios de temas específicos: el premio “Eduardo Matos” de arqueología, el premio “Carmen Parra” de dibujo, el premio “José María Muriá” de historia, el premio “Hernán Lara Zavala” de relato, el premio “Ángeles González Gamio” de crónica; luego agregaría los otros, pero deseaba que cada tertuliano otorgara alguno. Yo todavía no gozaba de tal distinción pero me apunté, ante tantos literatos, a dar el premio “Sergio Zaldívar” de matemáticas. En plena algarabía nos indicaron que era hora de regresar a Vallarta, pues el municipio había preparado una ceremonia en honor de José Rogelio y luego habría una cena ofrecida por Luis Reyes Brambila, director del periódico local.

Viejos vallartenses de aquellos de la época romántica, que recordaban o habían oído de José Rogelio, se arremolinaban para saludarlo, para que les firmara un libro o viejas fotografías; el concurrido acto, un tanto impregnado de esa formalidad administrativa de las autoridades, fue escenario de intervenciones diversas, algunas escuetas, otras prolongadas, unas cordiales otras burocráticas, a las que José Rogelio respondió con la elegancia y brillantez que le era innata y, entre otras cosas, dijo que recibía con especial satisfacción esas muestras de agradecimiento, que si bien podían en cierto modo considerarse algo tardías, para él era motivo de la más grata alegría constatar que las tareas que durante tanto tiempo realizó en beneficio de Vallarta, no habían caído en el olvido. Siendo ya muchos los diplomas, cuadros enmarcados y regalos recibidos, me pidió dejarlos en el auto de los Dávila, pues “... Si se nos olvidan, tendré mucho gusto de regresar pronto por ellos a Morelia, para saludar de nuevo a don Javier y a su hija Carmen Alicia”.

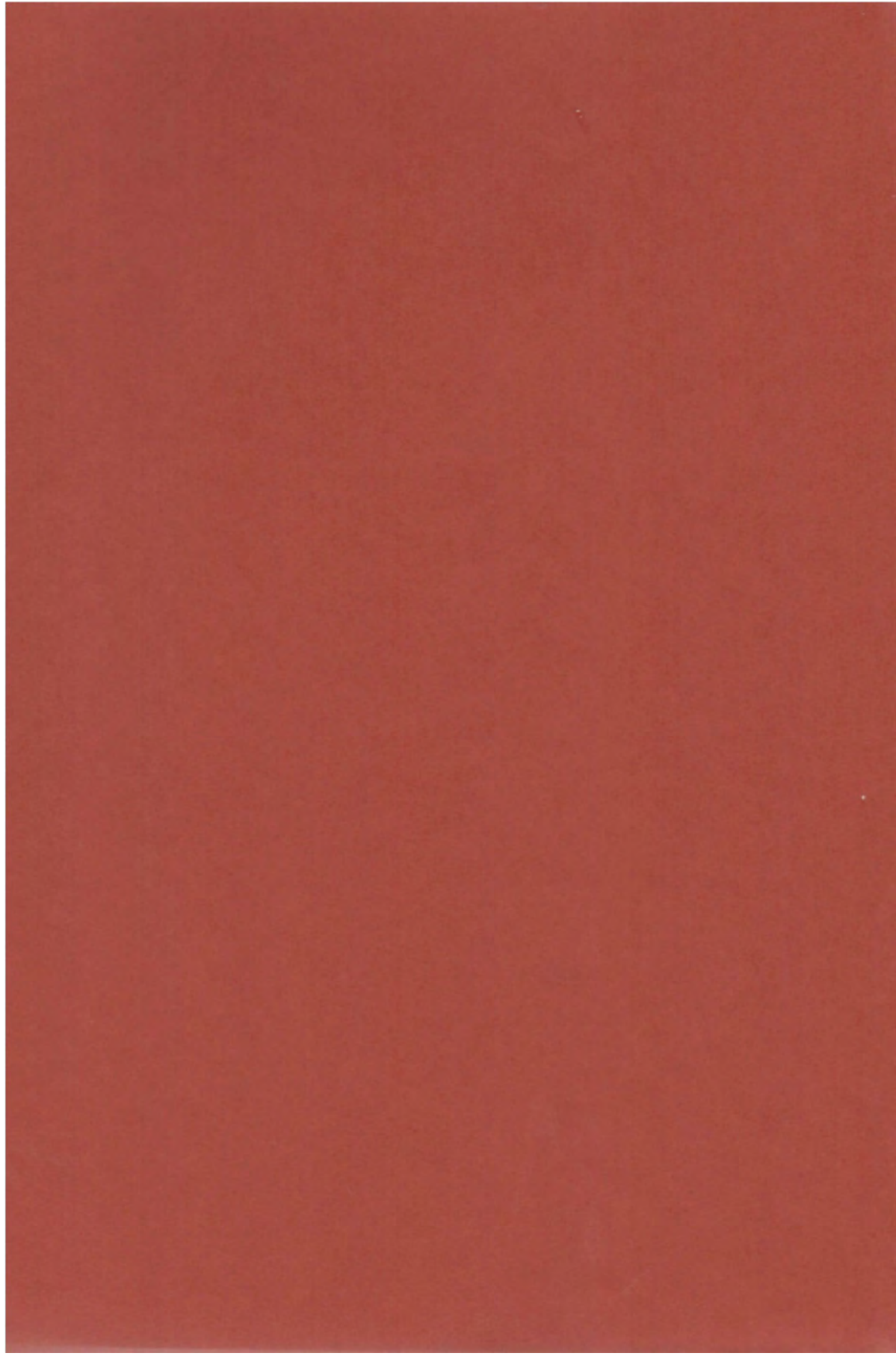
La cena prometida sería un poco tarde, a las diez, en el famoso Café de los Artistas, pues nuestro anfitrión, don Luis Reyes Brambila —el cierre de edición, la gira, la carretera— tardaría. Instalados en amplio comedor y bien atendidos, la alegría no decaía, la espera se prolongaba más de lo razonable, cuando Ángeles y Carmen se percataron de que era mi cumpleaños. Con su diligencia habitual, apresuraron a meseros y cocineras para que pastel y velas aparecieran pronto en mi lugar. Entre brindis y efusivas muestras de cariño, esta imprevista celebración distrajo, con divertida plática, la espera del primer plato del convivio, que nos presentaron al día siguiente —pasaban de las doce— debido al “contratiempo” acaecido a quien lo ofreció.

De aquellas jornadas, por mucho inolvidables, se guardan algunas fotografías de José Rogelio en ropa deportiva, paseante célebre, contemplando las nuevas esculturas y recorriendo lugares en los que otrora hincara por primera vez el pie.

Enriquecido por la convivencia con él en Vallarta, tomé conciencia de cuánto se le debe. Dejó un legado de patriotismo aún carente del reconocimiento debido. Comentando esta preocupación con Rafael Guzmán y Carmen Anaya —inmersos en el conocimiento de los problemas y en el encauzamiento del desarrollo de la región de la costa, hoy a punto de ser estrangulada por el urbanismo desaforado, la especulación de la tierra y los males inherentes al turismo depredador— se gestó la propuesta que hice a la Tertulia del Convento de solicitar al municipio de Vallarta y al gobierno de Jalisco, que el nuevo malecón, que se está reconstruyendo, lleve el nombre de “José Rogelio Álvarez Encarnación”.



El presente libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2011, como homenaje de la Tertulia del Convento a don José Rogelio Álvarez, su cofrade mayor. Prepararon la edición Silvia Molina, por el Seminario de Cultura Mexicana, y Vicente Quirarte, por la Academia Mexicana de la Lengua. La edición fue cuidada por Juan Guillermo López. Se tiraron 1 000 ejemplares, sobre papel Mohawk Loop Laid Natural de 118 gr; guardas en Color Print de 105 gr y cartulina Oxford de 216 gr en portada. El interior se imprimió en offset y el forro en serigrafía. En su composición se utilizaron tipos Adobe Caslon de 9, 11, 16 y 18 pts., y Helvética de 6.5, 8 y 10 pts. La producción editorial estuvo a cargo de Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V., San Julio M 607, L 24, Col. Pedregal de Santa Úrsula, C. P. 04600 México, D. F.



ISBN 978-607-95771-0-0



9 786079 577100



Academia Mexicana
de la Lengua



Seminario de
Cultura Mexicana
